

P. POVEDA

*JESUS*

MAESTRO DE ORACIÓN

---

PUBLICACIONES DE LA INSTITUCION TERESIANA

---

101-2-2

101-2-2

# MEDITACIONES

ESCRITAS PARA LAS TERESIANAS

POR SU

Muy Ilustre Fundador

D. Pedro Poveda Castroverde

=====

SEGUNDA EDICION

=====

Imp. Católica Francisco G. Vicente  
Muro, 7—Valladolid  
1958

C. 1165-725

†. 133832





Nuestro reverendo Padre

Nada obsta:  
*Dr. Daniel Llorente.*  
Canónigo Censor.

Puede imprimirse:  
Por mandato de S. E. R. el Arzobispo, mi Señor  
*Dr. Faustino Herranz.*  
Can. Lect. Srio.

Valladolid 16 de Mayo de 1938.



R.99592

# MEDITACIONES SOBRE LA ORACIÓN

---

## CARTA PRELIMINAR

---

10 Febrero 1920.

Amadísimas: Dice el gran padre San Agustín, que la oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios; y yo os digo, reflejandoos mi pensamiento y mi sentir, que la oración es la única fuerza de que dispone la Obra Teresiana, y que, por el hecho mismo de no disponer de otra fuerza, vencemos al Invencible, obteniendo de su infinita misericordia la serie no interrumpida de prodigios que constituyen nuestra vida. Y yo os aseguro, además—y deseo que esta aseveración mía sea conocida de todas y quede para siempre como expresión de la voluntad de vuestro padre—que si alguna Teresiana

codicia otra fuerza o pone su confianza en algo que no sea la oración, ni es Teresiana, ni conoce la Obra, ni tiene su espíritu, ni es digna de llamarse hija de Santa Teresa. Y pido a Dios Nuestro Señor con todas las veras de mi alma, que no conceda a esta Obra, que para gloria de su Santo Nombre se fundó, fuerza humana alguna, sino que aumente la que le concedió, haciendo que sus miembros sean cada día almas de más oración.

Qué sea la Oración para las Teresianas, y lo que importa para los que tanto amamos la Obra, dedúcese fácilmente después de leer lo expresado en el párrafo anterior.

La magnitud de la empresa en la que estamos empeñados, la necesidad de virtud, talento, laboriosidad y perseverancia en las personas, y lo imprescindible de los medios materiales para llevar a cabo la obra, pone más espanto a medida que mejor se conoce el fin de ella.

Las dificultades de adentro y los peligros de afuera, juntamente con las persecuciones de los unos y los temores de los otros, llevan el desaliento al ánimo del más esforzado.

Ahora, si pensáis en que para vencerlo todo no disponemos ni queremos disponer de

otro medio que de la oración, formaréis juicio exacto de lo que significa ésta en la vida Teresiana.

Por tanto, las que dicen que aman la Obra, que desean su engrandecimiento, que suspiran por su estabilidad, y, al propio tiempo que así se expresan dejan la oración, o no ponen empeño en su ejercicio, demuestran con los hechos que, o no aman a la Obra, o no tienen su espíritu, porque teniéndolo y amándola tendrían que ser almas de oración.

Si nuestra fuerza radica en el talento, en la posición, en algo humano, habría quienes pudieran cooperar y quienes no; pero siendo la oración, todas pueden por igual, y si por igual no oran, será porque no todas aman igualmente la Obra o porque no todas tienen su espíritu.

Las consecuencias no pueden ser, ni más claras, ni más legítimas, aunque sean harto dolorosas para los que tanto amamos a la Institución y tan ciega fe tenemos en la oración.

Mas como podría suceder que por falta de reflexión acerca del valor y eficacia de la oración, fuerais algunas remisas en su ejercicio, he querido apuntar en tres breves meditaciones algunas de las muchas y muy elo-

cuentes frases de la Sagrada Escritura, cuya detenida consideración pueda moveros a ser diligentes y a profesar verdadero amor a la oración. Pero aunque lo consignado en las meditaciones a que aludo, sea de suyo suficiente, para haceros Teresianas de oración, siendo ésta la más importante de las lecciones, y habiendo dicho y escrito tanto los Santos y los Directores de almas en libros y tratados hermosísimos, destinados exclusivamente a introducir la práctica de la oración en el mundo, os aconsejo que leáis y meditéis lo que nos enseñaron tantos sabios y santos cuya santidad y sabiduría obtuvieron por medio de la oración, y sobre todo, que leáis con detenimiento y amor los libros de nuestra Santa Madre, maestra excelentísima de la oración más elevada.

Y más que nada os ruego que os ejercitéis en la oración, que hagáis de este ejercicio algo necesario para vuestra vida, que pongáis tal empeño en su práctica, que no exista motivo, argumento ni razón suficiente para dejar un solo día vuestra oración; que a vuestras alumnas las llevéis a Dios por este camino dulce y suave, que en el estudio, en la enfermedad, en los trabajos, en las tentaciones, en las tribulaciones de todo género,

en todas vuestras empresas, en el desempeño de vuestros deberes; siempre que el mundo, el demonio y la carne os pongan en peligro; quando para vosotras, para el prójimo y para la Obra necesitéis obtener alguna gracia; para perseverar en vuestra vocación, conocerla y seguirla; en fin, para conseguir todo bien, para libraros de todo mal, para triunfar de todo, apeléis a la oración con tal seguridad y constancia que, en orando, quedéis tan satisfechas como si hubierais puesto en práctica todos los medios capaces de ser conocidos y ejecutados por los más sabios y más poderosos.

Y ¡ay de vosotras y de vuestras alumnas y de la Obra toda si os es indiferente este ejercicio, si vais a la oración sin las condiciones necesarias; si abierta vuestra boca para todo lo humano, la cerráis para bendecir y alabar al Señor, para pedir misericordia, perdón, luces, gracias y quanto necesita la pobreza nuestra en todos los órdenes! Quizá no estéis aún muertas, quizá vuestro corazón funcione, quizá vuestra inteligencia vea; pero esto durará poco. El enfermo espiritual, como el que padece fisiológicamente, comienza por perder la voz para perder después la inteligencia y llegar en breve a la paralización del

corazón. No sois aún cadáveres; pero si no oráis, ya estáis en período agónico, y pronto quedará muerta vuestra alma. Y esto que sucede al individuo acontecerá a la familia Teresiana, a la casa Teresiana, a la Obra en general, cuando en la Obra, en las casas, en las pequeñas familias nuestras no se perciban las alabanzas al Señor, las plegarias, las oraciones sentidas y fervorosas. En donde notéis este silencio sepulcral no tardaréis en ver un cadáver; a donde notéis esta paralización de garganta, pronto echaréis de ver la obscuridad de las inteligencias y la insensibilidad de los corazones. Si falta la comunicación con el Cielo, habrá excesiva comunicación con la tierra; si no os eleváis, descenderéis. ¿Qué será entonces la Obra, qué serán las casas, qué las Teresianas? Serán juguetes de todos los vientos, desconcierto, pobreza, miseria ruina. Porque si como os decía al principio, no contamos con otra fuerza que la oración y ésta nos falta, ¿qué nos queda? Consultad a la experiencia, compulsad datos, fechas; haced pasar por vuestra imaginación personas, hechos y cosas, y veréis lo que resulta.

Somos más fuertes, tenemos más vocaciones, se hace positivamente bien, allí donde se ora. Si pudiéramos colocar al lado de cada

triunfo, de cada vocación, de cada limosna, la causa que produjo el efecto, hallaríamos seguramente oraciones de almas buenas, lágrimas, sufrimientos, penitencias, sacrificios, y no talento, diplomacia, industrias humanas. Claro está, si nosotros no buscamos sino efectos de un orden superior, si solamente pretendemos evangelizar, si nuestra Obra es de apostolado, si el fin es salvar almas haciéndolas conocer y amar a Dios; ¿cuales han de ser las causas que tales efectos produzcan? La causa única es la gracia, y el medio para conseguirla es la oración. En suma: que ésta es nuestra fuerza.



MEDITACIONES SOBRE LA ORACION





## PRIMERA MEDITACION

---

### Jesús, Maestro de Oración

---

**Preludio 1.º:** composición de lugar. — Representarnos la escena que refiere San Lucas en el Capítulo XI, versículo I de su Evangelio, en donde dice: «Y aconteció, que estando orando en cierto lugar, cuando acabó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.» Trasladémonos al lugar del suceso, uniéndonos al piadoso auditorio y hasta colocándonos en lugar de aquel discípulo que interrogó a Cristo, para hacer nosotros la misma pregunta al Salvador. ¡Cuántas veces con la ignorancia hemos disculpado nuestra falta de perseverancia en la oración! ¡Cuántas hemos excusado nuestra poca fe con la carencia de

maestro que nos enseñara a orar! Confesemos ahora nuestra culpa, comencemos por un acto de humildad esta meditación, y con el corazón contrito y humillado digamos a Jesús: Señor enséñanos a orar.

Preludio segundo o petición particular—La nuestra será suplicar al Salvador la gracia de aprovecharnos de su lección como se aprovecharon los discípulos que escucharon sus divinas enseñanzas acerca de la oración.

**Cuerpo de la meditación.**— Desde el versículo 5º. al 10º ambos inclusivos, del mencionado Capítulo XI dicen así: Les dijo también. ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a media noche y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque acaba de llegar de viaje un amigo mío y no tengo qué ponerle delante. Y el otro respondiese de dentro diciendo: No me seas molesto, ya está cerrada la puerta, y mis criados están también como yo en la cama; no me puedo levantar a dártelos. Y si el otro perseverase llamando a la puerta, os digo, que ya que no se levantara a dárselos por ser su amigo, cierto por su importunidad se levantaría y le daría cuantos panes hubiese menester.

Y yo digo a vosotras: Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá.

Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. De la doctrina expuesta sacaremos tres puntos de meditación, cuyo fruto debe ser la perseverancia en la oración, condición necesaria para alcanzar lo que pedimos

### Punto I

Se vale Jesucristo en su lección admirable de una comparación tan sencilla, que a todos es dado conocer. No es un hijo que pide a su padre, ni un necesitado que pide para sus hijos; es un amigo que pide a otro amigo y que le pide para un viajero a quien tampoco le une otro vínculo que la amistad.

Pide a la media noche, hora intempestiva y molesta cuando la puerta está cerrada, la casa en silencio, el dueño y todos los suyos durmiendo, o por lo menos acostados. No pide remedio para una enfermedad, ni socorro para salvar la vida al que se encuentra en peligro de perderla, sino que pide tres panes. Estas circunstancias bien meditadas nos dan a conocer la eficacia de la oración, aún efectuada en tales condiciones de lugar, tiempo, persona y motivo. Pero la consideración de lo que si-

gue, y el contraste, dan mayor fuerza a su eficacia. Porque cuando nosotros oramos, no es un amigo que pide a otro y para otro, sino el el hijo que pide a su padre, pues a Dios, que es nuestro Padre, pedimos en la oración; no le pedimos a hora intempestiva, porque para Dios todas las horas son oportunas y siempre tiene sus delicias en escuchar las oraciones de sus criaturas; y le pedimos algo necesario para el alma o para el cuerpo. Las diferencias son imponderables, y no obstante reflexionemos: El amigo ruega al amigo y para otro amigo; lo hace a media noche y no para remediar una necesidad de momento, sino para pedir tres panes; nosotros, para nosotros mismos, para nuestro propio bien, para salvar nuestra alma, para obtener la gracia sin la cual no podemos salvarnos, para librarnos de consentir una tentación, para implorar la misericordia que hemos menester; dejamos de pedir a Dios, que es nuestro Padre, a Dios, que siempre nos escucha, a Dios que ni duerme, ni tiene cerradas las puertas de sus misericordias, a Dios que nos manda que le pidamos. ¿Que explicación tiene nuestra conducta, ¿Cómo razonamos nosotros la falta de oración? ¿Cómo podemos quejarnos de nuestras miserias? ¿Ponemos remedio? ¿Oramos? ¿Propósitos? ¿Afectos? Es-

tos han de ser de dolor, de confusión, de humillación por nuestra apatía, indiferencia, negligencia y abandono por los bienes que pudimos obtener y no hemos obtenido, por los males que padecemos teniendo tan seguro remedio. Afectos también de gratitud a Dios Nuestro Señor que así nos despierta, nos llama, nos mueve con la meditación presente. Y el principal propósito será el de recurrir en todas nuestras necesidades a quien puede y quiere remediarlas, a quien nunca causamos molestias, a quien siempre acudimos a tiempo, a quien conoce y puede remediar nuestros males, a Dios Nuestro Padre, nuestro Criador y nuestro Redentor.

## Punto II

El amigo persevera llamando; al parecer no hace caso de la negativa de su amigo. No ya por el deseo de complacerle, sino por librarse de la molestia que le ocasiona la insistencia del que pide, se levanta y le da, no ya tres panes, sino todos los que ha menester. ¡Admirable enseñanza y más admirable aún la misericordia del Señor que así nos alienta y enseñal Cristo nuestro Adorable Salvador

quiso enseñar a sus discípulos y a todos nosotros cuanto sigue: Nos da a entender claramente la eficacia de la oración perseverante. Porque si un amigo, un hombre lleno de miserias, que le incomoda que le molesten a media noche, que se niega a complacer al que le pide, al fin accede a su pretensión, y le da, no solamente lo que solicita, sino mucho más, y esto para verse libre de la molestia, ¿qué hará Dios Nuestro Señor con sus hijos, cuando una y otra vez le suplican y le apremian? Si la perseverancia, aun tratándose de un simple amigo y por móvil tan egoísta como es no padecer una leve molestia, alcanza lo que se propone y más, ¿qué no obtendrá la oración asidua y perseverante, hecha por un hijo a su padre y para conseguir, no unos panes, sino dones y gracias espirituales, consuelos, paciencia, fortaleza y todas las virtudes? ¡Cuán de manifiesto se pone nuestra falta de reflexión al detenernos ahora a meditar las enseñanzas de Cristo! Porque en verdad, que la causa de nuestros males es lo poco que reflexionamos acerca de la doctrina expuesta en los Santos Evangelios. Una y muchas veces leemos este y otros capítulos de los libros de los Santos, pero de tal manera leemos, que nos acostumbramos a oír verda-

des de tanta transcendencia como las que ahora meditamos, sin sacar de tan divinas enseñanzas el provecho debido.

¿Que nos detiene para orar?

¿Por qué no insistimos en nuestras súplicas?

¿Qué pobre deja de pedir cuando tiene la seguridad de alcanzar lo que pide?

¿No importunamos y hasta causamos enojo a los amigos para obtener un bien material? Y tratándose de gracias y mercedes que tan necesarias nos son ¿cómo desfallecemos tan pronto? Y teniendo la seguridad absoluta de ser oídos, ¿cómo dejamos de pedir? Ahora, después de confesar en la presencia del Señor nuestra tibieza y abandono, después de reconocer noblemente que somos nosotros mismos los que nos negamos los favores por dejar de pedir con perseverancia, formemos la resolución de ser perseverantes en nuestras súplicas y de poner el debido empeño en obtener remedio para nuestras necesidades, empeño que esté siempre en relación con la calidad de éstas. Abriguemos la seguridad de que Nuestro Señor, no por librarse de la importunidad que le causemos, sino como premio a nuestra perseverancia y fidelidad, nos dará a manos llenas, nos concederá lo que le pedimos si es para nuestro bien, y mucho más y mejor

de lo que pedimos, ya que en su mano tiene todas las gracias y favores.

### Punto III

¡Infinita es la misericordia del Señor! No se satisface con la lección expuesta, y por si alguno no la entendió bien, habla con más claridad aún, y añade: Y yo os digo a vosotros, a mis discípulos, a los que sois míos, a los que tanto amo: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Ya no es posible decirlo con más claridad, ni de manera más terminante, ¿Necesitáis? Pues para que se os dé no hace falta sino que pidáis. ¿Que queréis hallar? Lo que pretendéis encontrar, lo hallaréis, buscándolo. ¿Suspiráis porque se os franqueen las puertas de la misericordia del Señor? Llamad y se os abrirán de par en par. Y esto os lo dice el que es Omnipotente, el que es Infalible, el que es la Verdad infinita. Dicho esto y supuesta a fe, ya no cabe quejarse y culpar a nadie de nuestros males, porque si no recibimos, es porque no pedimos si no hallamos, es porque no buscamos, si no se nos abre, es porque no llamamos.

Para asegurarnos más leamos las palabras

del versículo último de los que vamos meditando: «Porque todo el que pide recibe y el que busca halla y al que llama se le abrirá.» Todo, no este ni el otro, no el de tal o cual clase y condición sino todo el que busca, todo el que llama. Luego siempre que yo dejé de recibir lo que necesitaba fué porque dejé de pedir, y cuantas veces no hallé lo que deseaba fué porque no lo busqué, y siempre que encontré cerradas las puertas fué porque no llamé.

Dios es infalible, y al decirlo así no podemos dudarle sin ofender a su divina Majestad.

Ahora si que se impone un acto de arrepentimiento y un propósito firme de enmienda. ¡Cuántos males padecí que pude evitarlos! ¡Cuántos dones dejé de recibir por no pedirlos! Días, meses y años perdidos, porque en ellos no hice oración; días y meses y años careciendo de todo lo bueno y plagado de miserias, porque no oré. El medio no puede ser más sencillo, la necesidad tampoco puede ser mayor, ni la seguridad que ofrece la palabra de Dios, más absoluta. Yo sólo fué el causante de mis males; yo el que no empleé los medios fáciles y sencillos que tenía a mi alcance. ¡Qué confusión! ¡Qué dolor! ¡Qué amargura! ¡Volveré a mi desgracia? Fué muy dura la lección, es muy sencillo el remedio, es muy fácil el ejercicio, es

mucha mi necesidad y mayor aún el deseo de conseguir lo que tanto vale y a tan poca costa puede alcanzarse.

No pasará día en el que deje de renovar este mi propósito: siempre que perciba un aviso de mi miseria recordaré la lección (de Cristo, y con fe viva, con esperanza segura y con perseverante afán, pediré, buscaré, llamaré.

## SEGUNDA MEDITACION

---

### Jesús, Maestro de Oración

Los preludios como en la primera meditación, la misma composición de lugar y la misma petición.

Cuerpo de la meditación. Desde el verso 11 al 13 del capítulo XI de San Lucas: ¿Y si alguno de vosotros pidiese pan a su padre, le daría él una piedra? ¿O si le pide un pez, por ventura le dará una serpiente en lugar del pez? O si le pidiese un huevo, por ventura le alargará un escorpión? Pues si vosotros siendo malos sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidieren? Prosigue Cristo Nuestro Señor inculcando a sus discípulos la necesidad de orar y, acomodándose a nuestra flaqueza, abunda en comparaciones, que nos alienten e induzcan al ejercicio de la oración, con la confianza y la fe necesarias para recibir los divinos dones.

En cada uno de los tres puntos de la presente consideración meditaremos un versillo de los tres expuestos.



Punto I

Interroga Jesús a sus discípulos (de esta manera: **Decidme, ¿si vosotros pedís a vuestros padres pan, os darán piedras en vez de pan?** Interiormente responderían lo que nosotros, si fuésemos interrogados. ¿Quién pide a su padre pan y recibe una piedra. Por cruel que sea el padre no hace tal cosa. Se hará el sordo, tardará en darnos lo que pedimos por castigar nuestra falta, lo dará quizá de manera que no entendamos que es él quien nos lo manda, pero dar una piedra por pan, es crueldad inconcebible. Pues, y si un hijo pide a su padre un pez, ¿recibirá una serpiente? Jamás se sospechará tal crueldad de un padre. ¿Por qué Cristo utiliza comparaciones tan inauditas? Sencillamente para dejarnos más persuadidos de lo que pretende enseñarnos. Dice un padre y no un hermano, ni un pariente, ni un amigo, para que veamos más claramente la imposibilidad; porque tratándose de un padre, es imposible lo que en otra persona, siendo cruel, quizá pudiera sospecharse. Además, sabían los discípulos y sabemos nosotros que Dios, a quien pedimos cuando oramos, es nuestro padre, y siéndolo nos ama como tal, y por tanto no

puede hacer con nosotros lo que no sería capaz de hacer un padre por cruel que fuera. Pensemos ahora en que este padre es infinitamente bueno, y la imposibilidad es ya absoluta.

Al valerse Cristo del símil del pan y el pez, ha indicado dos medios muy sencillos que pueden conceder hasta los padres más pobres, y aun en esto parece adivinarse la fuerza que quiere dar a su enseñanza; porque si hubiera dicho que el hijo pedía algo extraordinario, no habría tenido tanta fuerza la comparación. Mas esto, que es tan sencillo para cualquier padre terreno, con relación a nuestro Padre celestial no es ni más ni menos sencillo, pues para Dios todo es igualmente fácil, y por tanto, si un hijo le pide, no ya pan y peces, sino dones y gracias celestiales o el pan divino de su Cuerpo adorable, le pide cosa tan sencilla y fácil para su omnipotencia como lo es para un padre cualquiera el pan y los alimentos menos costosos, ¿Será posible que nosotros hayamos dejado alguna vez la oración por temor de que Dios no nos conceda lo que le pedíamos, y nos diera en cambio algún castigo? Cuando menos, ¿habremos pensado que no nos concedería cosas terrenas? ¿Quiénes somos nosotros para poner límites a la misericordia

del Señor? ¿Acaso un castigo no puede ser mejor alimento que un consuelo, si el que lo envía es un médico sapientísimo y padre infinitamente bueno? Pidamos al Señor todo, desde el pan nuestro de cada día hasta el Pan celestial de su divino Cuerpo, y pidamos seguros de que obtendremos lo que pedimos, en el tiempo, modo y manera que convenga a nuestra salvación. Hemos pecado, hemos sido ingratos, pérfidos, traidores, hijos desnaturalizados, ¿pero acaso no es mayor la misericordia de este Padre que la perfidia de sus hijos? ¿No recordamos que siendo enemigos suyos vino a derramar su sangre adorable para salvarnos? No sumemos a nuestras pasadas prevaricaciones el impío atrevimiento de juzgarle, y arrojándonos en su infinita misericordia, pidámosle como a padre santo: aunque nosotros seamos hijos pecadores.

## Punto II

Añade el Divino maestro: Y si a un padre le pidiera su hijo un huevo, ¿por ventura le daría un escorpión? Esta nueva comparación añade fuerza al mismo argumento que venimos meditando. Porque suponer que un padre diera a su hijo que le pide alimento, un es-

corpión, para que le envenenase, es crueldad tan inconcebible que repugna a la naturaleza. Por tanto, el añadir este imposible a los ya enumerados, es dejar convencidos a los discípulos y a cuantos meditan estas palabras, de la eficacia de la oración, y de que jamás se nos dará mal por bien, porque si un padre terreno no lo hace, ¿cómo ha de hacerlo el Padre celestial? Podrá suceder y acontece de hecho, que nuestras peticiones no sean razonables, que solicitemos lo que no nos conviene, que ignorantes o apasionados, creamos pedir bien cuando pedimos mal; pero aun en estos casos Dios Nuestro Señor, que conoce lo que nos conviene, y desea nuestro bien, mejorará nuestra petición, otorgándonos lo más provechoso para nuestra salvación eterna. El es médico sapientísimo y poderosísimo, y curará nuestras enfermedades aplicándonos las medicinas más eficaces, sean o no de nuestro agrado, ya que aun en las enfermedades terrenas, no siempre, o mejor, casi nunca, la medicación es agradable. Y así como a grandes y graves enfermedades hay que oponer radicales remedios, y así como en muchas ocasiones es más segura la mejoría lenta, en las enfermedades de espíritu, se dan casos semejantes y no hemos de creer que Dios no escucha nues-

tra plegaria, porque se difiera la concesión de lo que pedimos, ni hemos de entender que la tribulación que nos sorprende cuando oramos es algo ajeno a los planes de la Providencia, que quizá quiere con un golpe rudo y seco curar una enfermedad grave o crónica. Después de haber reflexionado acerca de lo dicho, comprenderemos cuán deficiente fué nuestra oración y cuanto hemos de rectificar para lo sucesivo. Oremos con asiduidad, expongamos nuestras miserias, abandonémonos en brazos de la Providencia y esperemos seguros el mejor remedio; mas no el que más nos agrade, ni el que en nuestra ignorancia o pasión estimemos como el más oportuno, y todo ello sin poner plazo a lo favores del Señor, y sin que nos invada el desaliento cuando se difiere la concesión. Que la concesión llegará a tiempo oportuno, según los planes del Señor, y llegará mejorada por su infinita bondad. No olvidemos las frases de Cristo.

### Punto III

Pues si vosotros, siendo malos, termina diciendo el Salvador, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡Cuánto más nuestro Padre

celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidieren? ¡Qué consuelo traen al alma estas palabras de Cristo! Vosotros, que sois malos positivamente que sois rencorosos, iracundos, vengativos, vosotros a quienes os ciegan las pasiones, cuando se trata de vuestros hijos sabéis dar buenas dádivas; quizá para con los demás seáis capaces de devolverle mal por bien; pero tratándose de vuestros hijos sois pródigos y hasta olvidáis sus ofensas más recientes para colmarles de bienes. Si esto hacéis siendo malos, ¿qué hará el que es la bondad por esencia, con sus hijos a quienes ama con un amor que no puede compararse con el que profesáis a los vuestros? Un padre que ama como nadie, que puede como nadie, que es bueno como nadie; porque sólo. El es bueno, es poderoso, es amante, ¿qué hará con los que le piden? ¿Y que dará Dios a los que oran?

Reflexionad acerca de las últimas palabras del versículo que ahora meditamos. ¿Cuánto más nuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidieren? Dará espíritu bueno. No dará solamente lo que pueden conceder los hombres, esto es poco, esto es nada en su presencia; lo que El dará es espíritu bueno, la infusión del Espíritu Santo, la gracia, sus dones, sus virtudes, algo que

supera a toda humana dádiva y a toda ciencia humana, la santificación, la vida eterna, una felicidad sin fin. Eso y mucho más que nosotros no somos capaces de decir, ni de pensar, eso da el Padre celestial a quienes le piden; pero hay que orar, hay que implorar la misericordia del Señor.

¡A qué poca costa pueden obtenerse mercedes tan extraordinarias, gracias tan inestimables!

Después de estas reflexiones, ¿seguiremos creyendo en la eficacia de la oración y en su necesidad, pero olvidados de su ejercicio? ¿Por qué ha de haber esta discrepancia entre lo que creemos y lo que practicamos? ¿Puede más la pereza que la fe? ¿Preferimos nuestra miseria a los dones celestiales? ¿Tan difícil es el medio que hemos de emplear? Si para conseguir bienes terrenos, honores satisfacciones que pasan, y alegrías que entristecen, aceptamos sacrificios, privaciones, humillaciones y amarguras, ¿cómo hallamos tantas dificultades en el ejercicio de la oración? Los propósitos que ahora formemos, ¿serán como los de otras veces, flor de un día que apenas nació quedó marchita?...

## TERCERA MEDITACION

---

### Cómo ha de ser nuestra Oración

**Preludio 1.º** Expongamos a Dios N. S. una queja amorosa diciéndole: ¡Señor nosotros pedimos y no recibimos! Y escuchemos la respuesta que nos da el Espíritu Santo por Santiago:—Pedís y no recibís y esto es porque pedís mal. (Epístola de Santiago, capítulo IV, versículo tercero.)

**Preludio 2.º** Supliquemos a nuestro Divino Maestro, Cristo Jesús, que nos enseñe a orar:

**Cuerpo de la meditación.**— Pedimos mal, cuando nuestra oración no reúne las condiciones debidas, cuando no pedimos lo que Dios quiere que pidamos cuando no pedimos en nombre de Cristo. Porque nuestra oración para que sea buena, debe ir acompañada de la fe y la confianza; porque debemos pedirlo que Dios quiere que pidamos en nombre de Cristo y perseverando en nuestras súplicas.

Estos cuatro puntos tendrá la presente meditación cuyo fruto debe ser aprender a orar.

## Punto I

Pidamos con fe y confianza.—Cristo Nuestro Señor nos dice: **Todas las cosas son posibles para el que cree.** La afirmación es categórica. La condición la pone el mismo que ha de conceder lo que pedimos. En otro lugar del mismo Santo Evangelio de S. Marcos asegura que. «**Todas las cosas que pidieréis orando creed que las recibiréis y os vendrán.**». Es decir si tenéis fe y confianza en que Dios puede concederos lo que pedís y en que quier recibiréis: Casi lo mismo concedéroslo, lo se expresa en S. Mateo al decir: **Y todas las cosas que pidieréis en la oración, creyendo las tendréis.** Ante tales afirmaciones, ¿cabe dudar?

No obstante, nos quejamos de no haber obtenido con nuestra oración lo que pedíamos. ¿Cuál es la consecuencia? Que nos faltó la fe que no tuvimos la confianza que debíamos. Quizá reflexionando podamos conocer nuestra equivocación y lo infundada de nuestra queja, porque recordemos que nuestra fe fué vacilante y que la confianza no fué más segura. Es que entonces pedíamos mal y ¿como habíamos de recibir, si comenzábamos

por desagradar al Señor que había de otorgarnos lo que demandábamos? Rectifiquemos, reconozcamos nuestra culpa y propongamos la enmienda.

Recordemos todos los pasajes de los Santos Evangelios en donde se refieren curaciones y resurrecciones milagrosas, y quedaremos persuadidos de que la fe y la confianza son requisitos indispensables para recibir los dones de Dios, y de que el mismo Cristo realiza el mérito de ambas virtudes haciéndolas causa de aquellos prodigios de su omnipotencia

Que nuestra fe sea como la del Centurión, como la de Cananea, como la del Ciego de Jericó y entonces escucharemos aquellas palabras que acompañaron a los prodigios— «¡Oh mujer, grande es tu fe, hágase lo que quieres»—«Tu fe te ha hecho salvo» Mas para oír estas frases y recibir tales mercedes hay que creer y confiar, como aquéllos creyeron y confiaron. Formemos desde este instante propósitos de pedir siempre con fe y de esperar llenos de confianza y entonces pediremos bien y recibiremos los dones del Señor.

## Punto II

Debemos pedir lo que Dios quiere que le pidamos.

Así dijo el Señor a sus discípulos, cuando uno de ellos le pidió que les enseñara a orar: «Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea el tu nombre. Venga el tu reino. Danos hoy el pan nuestro de cada día. Y perdona nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a todo el que nos debe. Y no nos dejes caer en la tentación. Todo lo dicho y lo comprendido en lo dicho, es lo que Dios quiere que le pidamos. Su reinado en la tierra, lo primero; lo preciso para vivir y extender este reinado, lo segundo; perdón para nuestras culpas, después, y perseverancia en su gracia librándonos de consentir las tentaciones, en último término. Glorificar a Dios, santificar nos, remedios para nuestras miserias de alma y de cuerpo. Todo eso quiere el Señor que le pidamos. Quiere que busquemos primero el reino de Dios y su justicia, y nos promete que todo lo demás nos lo dará por añadidura. Quizá si ahora entramos dentro de nosotros mismos y recordamos nuestras peticiones, habremos de sacar esta consecuencia: No hemos

pedido bien y por esto no hemos recibido, porque nuestras peticiones no fueron como Dios quería, no se ajustaron a las enseñanzas ni al ejemplo de Cristo, que dirigiéndose al Padre y aun siendo justísima y santísima la petición que hacía añade: **Más no como yo quiero, sino como tú; hágase tu voluntad.** Dejemos siempre a la voluntad del Padre nuestras peticiones, y nuestra ganancia será segura. Este ha de ser nuestro propósito y ésta será la mejor ocasión. El lo sabe todo, lo puede todo y nos ama como a hijos. ¿Qué mayores seguridades podemos desear? ¡Si en la vida pasada lo hubiéramos hecho así, cuán otra sería nuestra suerte! ¡Cuánto habríamos progresado en los caminos del Señor!

### Punto III

Pida nos en nombre de Cristo.—Nosotros por nosotros mismos ¿que podemos? Es tan elemental esta verdad de que debemos pedir en nombre de quien merece y vale y puede, que apenas si es preciso más que anunciarla.

El, que nos redimió, nos salvó, nos reconcilió con el Padre, es el único que puede pedirle. La Iglesia no omite jamás esta frase: por Jesucristo Nuestro Señor, y la pone en todas sus



peticiones Y si la fe, la razón y la Iglesia no nos lo enseñaran, bien clara es la enseñanza del mismo Cristo en el Evangelio de S. Juan, expresándose de esta manera: En verdad os digo que os dará el Padre todo lo que pidieréis en mi nombre.—En frases que expresan esta misma verdad abundan los Santos Evangelios. Y los Apóstoles en nombre de Cristo resucitaban a los muertos, curaban a los enfermos y arrojaban los demonios. Y ese nombre mil veces bendito, jamás se invoca en vano y el Padre celestial otorga siempre cuanto en nombre de su Divino Hijo le pedimos. Luego, el secreto misterioso para aplacar la justicia de Dios, alcanzar perdón y obtener gracias es la invocación del nombre de Cristo; y si en su nombre hubiéramos pedido, habríamos alcanzado, porque su palabra es infalible, y palabras suyas son: Os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre.

Sean de ahora para siempre el nombre, los sufrimientos, las lágrimas, la sangre, los martirios de Cristo, los méritos que presentemos al Padre, para merecer su misericordia y perdón, el remedio de nuestros males, la gracia, las virtudes y la vida eterna.

#### Punto IV

Perseveremos en la oración. Así, perseverando en la oración, fué como recibieron el Espíritu Santo la Santísima Virgen y el Colegio Apostólico el día de Pentecostés. Es menester orar siempre y nunca desfallecer, iee-mos en San Lucas, y en otro lugar del mismo Evangelio: **Velad orando en todo tiempo.**

En el Eclesiástico se dice: **Nada te impida de orar siempre.** Y a los de Tesalónica dijo San Pablo: **orar sin cesar, y añadió: porque ésta es la voluntad de Dios.** En otro lugar, dirigiéndose a los Colenses, pone esta frase: **Perseverad en la oración.**

Ya no debemos preguntarnos cuándo hemos de orar, porque dicho queda por el Espíritu Santo. Hemos de orar siempre; no hemos de desfallecer en este ejercicio; hemos de orar en todo tiempo; hemos de orar sin cesar; nada debe impedirnos orar. ¿Fué así como lo hicimos? ¿Nos faltó la perseverancia? Entonces ¿cómo puede causarnos extrañeza no haber recibido lo que pedíamos? Termine-mos confesando que hemos orado mal y por esto no hemos recibido, como dejamos consignado al principio, copiando el versículo ter-

cero, capítulo IV de la Epístola de Santiago: Pedís y no recibís, y esto es porque pedís mal.

Una mirada retrospectiva nos convencerá de nuestra falta de perseverancia. Hemos orado unos días y hemos dejado la oración muchos; cuando nos movió el fervor fuimos asiduos en la oración; cuando nos faltaron los consuelos sensibles la dejamos; en el tiempo en que nos era más necesaria, desfallecimos. Si la tribulación nos visitó, quizá para alejarnos del mundo y llevarnos a Dios, nos alejamos de su presencia y fuimos en busca de consuelos adonde sólo hay amarguras, abandonando en cambio, la oración, fuente de consuelos y fortaleza.

Como resumen de esta meditación, ofrezcamos al Señor el propósito de hacer oración todos los días y ofrézcamosle imponernos una saludable penitencia, siempre que quebrantemos esta resolución, que pedimos bendiga como Padre infinitamente bueno. Amén.

## OTRAS MEDITACIONES



«Y ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunicación de la fracción del pan y en las oraciones.»  
*(Hechos de los Apóstoles.—Capítulo II. v. 42.)*

En muchas ocasiones os dije y ahora os repito, que una perfecta Teresiana no es sino una cristiana perfecta. De aquí mi empeño en que conozcáis cuál era la vida de los primeros cristianos, para que la imitéis con la mayor perfección. Y como esa vida se refleja a maravilla en las páginas de los «Hechos de los Apóstoles» vamos a meditar hoy una de las muchas enseñanzas expuestas en este libro sagrado.

El Versículo 42 del Capítulo II nos suministra materia abundante, porque en pocas palabras se nos dice allí todo cuanto hemos de saber practicar para llevar una vida perfecta. Para esta vida, según Conelio Alápide, son necesarias tres cosas: luz, alimento y res-

piración. La luz de la doctrina apostólica; el alimento del Cuerpo de Cristo, y la respiración del alma, que es la oración. En todo lo cual perseveraban los primeros cristianos, porque sin perseverancia en estas tres cosas no podían perseverar en la vida a la que habían sido llamados.

La Teresiana, a imitación de aquellos cristianos primitivos, ha de perseverar, cueste lo que costare, venciendo las dificultades externas e internas, en la doctrina de los Apóstoles, en la fracción del pan y en las oraciones, y su vida Teresiana estará siempre en relación directa con la perseverancia en tales ejercicios.

### Punto I

La doctrina apostólica es luz para el alma, y a más doctrina más luz. ¿Quién necesita mayor luz celestial que aquellas que por su carrera han de enseñar en las cátedras con su palabra y con su ejemplo? ¿Quién ha menester más luz, que, aquellas que han de vivir en medio del mundo, para disipar sus tinieblas e iluminar a los que en ellas están sentados?

Que la hija de Santa Teresa debe conocer a la mayor perfección la doctrina de la Iglesia, que es la de los Apóstoles, no es verdad que pueda discutirse. Porque si aquellos primeros cristianos necesitaban resplandecer en medio de una sociedad pagana e incrédula, vosotras no vivís en mejores tiempos ni dejáis de tener la misma obligación. Si ya entonces se falsificaba la doctrina y se adulteraban las enseñanzas de Cristo, ahora es más sagaz la falsificación y con más disimulo se adulteran las enseñanzas del Salvador. Si entonces, para librarse de los errores y sofismas se hacía necesaria la lección constante, el estudio asiduo de la verdad, ahora necesitáis recibir esas lecciones y aprender las enseñanzas de la verdad misma para no incurrir en errores más sutiles y disfrazados. Errores en las explicaciones que a veces tenéis que escuchar, errores en los libros en donde tenéis necesidad de estudiar, errores en todo y no obstante, vosotras habéis de enseñar la verdad, distinguir los errores y refutarlos, para que vuestras discípulas conozcan y amen la verdad y la sigan.

Ya veis si os hace falta la perseverancia en la doctrina de los Apóstoles, ya veis la necesidad que tenéis de estudiarla.

Además, vuestras equivocaciones, no ya por malicia, que no cabe suponer, sino por ignorancia, que por negligencia puede haberla, vuestras equivocaciones son muy trascendentales y pueden ocasionar muchas ruinas, pues habiendo vosotras de enseñar a las que han de ser maestras, la propagación del daño es de una extensión incalculable. Mientras que si vosotras estudiáis y aprendéis la doctrina de Cristo, perseverando en escuchar y recibir la de los Apóstoles, vuestra fe ilustrada, vuestra luz, iluminará muchas existencias irradiará a grandes distancias y salvará a multitud de almas, que, si no directamente de vosotras recibirán de vuestras discípulas, convertidas después de maestras, la luz de la verdad para triunfar del mundo y de sus engaños y seducciones.

Conocidas estas verdades, ¿no sentís remordimientos por vuestras negligencias y abandonos?

¿No proponéis con firmeza la enmienda?

## Punto II

Perseveraban también en la comunicación de la fracción del pan,

Por eso tenían vida tan exuberante aquellos primeros cristianos, porque perseveraban en tomar el alimento que nutre y fortifica el alma, el Cuerpo de Cristo y su Sangre benditísima.

Sin esta comunicación, ¿cómo habrían podido mantenerse firmes en las persecuciones, en los halagos, en las luchas con el demonio y la carne?

Así aconteció a los primeros cristianos y así sucedería a la hija de Santa Teresa que necesita, no menos que aquéllos, de este sustento celestial. En vuestrass ordenaciones, en vuestras prácticas, en vuestras normas, en toda vuestra legislación resplandece la vida Eucarística. No hay, gracias a la infinita misericordia del Señor, casa Teresiana en donde no more Cristo en el Sacramento. Sois Marías de los Sagrarios-Calvarios para velar por Jesús Sacramentado y desagraviarle. La Teresiana necesita de esta comunicación íntima con Jesucristo para reflejar en sus palabras y en sus actos la vida del Salvador; para librar las batallas que está llamada a sostener; para defenderse de la furia de sus enemigos.

La historia de vuestras comuniones es la historia de vuestra vida; vuestros triunfos vuestro fervor, vuestro celo, está condiciona-

do a vuestra vida Eucarística. Si entráis en cuenta con vosotras mismas hallaréis en el Sagrario el milagro perpetuo del progreso de la Obra y de la perfección de sus miembros.

Las manifestaciones de vida en todos los órdenes, moral, intelectual y hasta físico, las apreciaciones siempre por la intensidad de la vida Eucarística. Allí en donde las Teresianas tienen en la estimación que merece el tesoro de su Sagrario no hay dificultad insuperable, ni hay problema insoluble, ni falta de paz, ni deja de haber unión fraternal, ni se conoce la tristeza que aniquila, ni se siente cansancio en el trabajo; todo está en orden, hay tiempo para todo, no hay quejas ni murmuraciones, ni indisciplina ni fracasos.

Cuando notamos anemia espiritual en las Hijas de Santa Teresa, encontramos siempre la causa en que no perseveran en la comunicación de la fracción del Pan; porque es preciso para mantener la vida del espíritu, que seamos perseverantes en la recepción del Pan de la vida, así como para conservarse la del cuerpo hay necesidad del alimento cotidiano.

En suma: si la obra que realizan las Teresianas es de apóstolado, si el fin es sobrenatural, si la vida que llevan es del mismo orden, necesitan de un alimento, de un susten-

to proporcionado, y este alimento, es el Cuerpo y la sangre de Cristo.

### Punto III

Y perseveraban en las oraciones, que son, en expresión de Alápido la respiración del alma.

La semejanza es bien perfecta. ¿No habéis fijado vuestra atención en los efectos fisiológicos de la respiración? ¿No observasteis cuánta salud, que buen color, que alegría, que fuerza, que robustez tienen los que respiran una atmósfera pura?

El oxígeno que ingieren respirando bien y respirando aire puro, además de proporcionarles completa salud, les suministra reservas y defensas insustituibles. Lo que es para la vida del cuerpo la respiración, es la oración para la vida del alma.

La Teresiana que tiene espíritu (de oración se distingue de la que no lo tiene, como se diferencia del que vive en una atmósfera viciada el que respira el aire purísimo de los campos. Cuando vemos una hija de Santa Te-

resa actuando y observamos cómo se desenvuelve, cómo habla, cómo mira, cómo explica, cómo guía, cómo educa, cómo anda, cómo viste, cómo escribe, cómo lo hace todo, podemos decir es alma de oración o no lo es.

Esa respiración del alma produce tales efectos, da tal vida, que no puede confundirse. Y cuando examinamos su conducta en casos difíciles, en momentos de angustia, en acontecimientos inesperados, también podemos, juzgando por las soluciones que da, por su valor, fortaleza, serenidad y acierto, si es o no, alma de oración, porque las reservas y defensas que suministra la oración son inconfundibles. Pero hay que entender bien que tales efectos, no los produce la oración de un día, de un momento de fervor, sino la perseverante, la que hacían los primeros cristianos cumpliendo las instrucciones del Divino Maestro y las enseñanzas de los Apóstoles.

Los efectos maravillosos de aquella oración de las Catacumbas, aquel valor, aquella firmeza en la fe, aquella intrepidez santa, se consigue con la oración perseverante.

#### Punto IV

Terminaremos recordando las diferencias que existen entre las dificultades que tenían necesidad de vencer los primeros cristianos y las que han de vencer las Teresianas. Evocando el recuerdo de aquellos días de persecución y de martirio, fácilmente podemos conjeturar la abnegación, la fe, el valor de que estaban poseídos los hijos de la primitiva Iglesia, para deducir la admiración a que se hicieron acreedores.

Y examinando las facilidades que se ofrecen a las Teresianas para aprender la doctrina de la Fe, recibir la Sagrada Eucaristía, y hacer oración, habremos de sacar la consecuencia de cuán débil es su fe, si, a pesar de tantas facilidades no son perseverantes en aprender la doctrina, en recibir a Cristo y en orar.

«Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida ¿con qué se le volverá el sabor?; para nada sirve ya sino para ser arrojada y pisada de las gentes.»—(San Mateo. Capítulo V. v. 13.)

Punto I

Porque vuestra vida lo es de apostolado, podéis tomar como dichas para vosotras las palabras que el Divino Salvador dijo a sus apóstoles.

También les llamó luz del mundo; pero hoy vamos a meditar solamente la comparación que hace de la vida de apostolado con la sal de la tierra. Cuadra mejor la comparación a la humildad de vuestra empresa y al silencio con que la lleváis a cabo. Acomodando la comparación a vosotras, podríamos decir: La Teresiana ha de ser sal de la tierra, y si deja de serlo merece el desprecio de las gentes. Véamoslo:

**La sal sazona lo desabrido.—Esta es misión**

de la Teresiana; sazonar lo desabrido allí donde va, en el sitio en donde vive, a las gentes con quienes trata. Hacer agradable la vida; fervorosa, amable la virtud, alegre la penitencia, consolador el sufrimiento. Debe trabajar de tal manera, expresarse de tal modo, obrar siempre con tan buen espíritu, tratar al prójimo con tanto agrado, prodigarle tales consuelos, llevar a su ánimo una persuasión que sazone toda su vida. ¡Entonces sí que haría prosélitos! Este es el espíritu atrayente que ha de tener si pretende imitar a su Santa Madre Teresa de Jesús. Desabrido es el mundo y desabridos son los mundanos; pero cuando esos ánimos desabridos hallan en su camino la sal de la virtud, del amor de Dios, de la verdadera caridad, de la abnegación, del sacrificio, quedan sazonados y aun sin darse cuenta de ello encuentran algo que quizá no acierten a explicarse, pero que les satisface, consuela y alienta.

¡Para cuántos fué el principio de su conversión el trato con un alma apostólica.

**La sal cauteriza lo corrompido.**—Esta virtud amable de la Teresiana es el mejor cauterio, el más suave, el que hace cicatrizar más pronto las heridas. Este fuego de la caridad, del amor de Dios, purifica cuanto toca. La sal

para cauterizar lo hace derritiéndose; que es, si podemos decirlo, destruirse a sí propia para bien del prójimo, y este sacrificio no puede quedar sin recompensa. Esa blandura en el ejercicio de nuestro celo apostólico no irritará a nuestro prójimo, no provocará su enojo, será un cauterio tan suave que no levantará protesta alguna en el paciente. Iréis cauterizando y sanando sin rebeldía del interesado, y si le producís dolores y lágrimas, serán tan dulces que se gozará en su martirio. Pero hay que tener presente que así como la sal no produce ese benéfico resultado sino destruyéndose, la Teresiana no puede cauterizar las llagas y heridas de la humanidad sino por la abnegación, el sacrificio, el propio martirio, la propia inmola-ción. ¡No apeteceréis ser sal de la tierra para cauterizar tantas heridas como produce el mundo, el demonio y la carne en tantas almas inocentes!

La sal preserva de la corrupción.—Donde se deposita la sal no puede haber corrupción, y en donde se encuentre una verdadera Teresiana tampoco puede existir. Las palabras y conversaciones (de las hijas de Santa Teresa, sus obras, sus modales, su manera, su porte, toda ella debe ser símbolo contra la corrupción.

La corrupción es muerte, destrucción; y en la Teresiana debe existir un manantial de vida verdadera inagotable, que es la gracia de Cristo, su espíritu que nunca debe extinguirse, porque si se extingue aparece la corrupción y la muerte.

El ejemplo vuestro debe tener, merced a la gracia de Dios que obra en vosotras, una fuerza tan potente, que a vuestro influjo nadie pueda sustraerse. Y debe ser tal vuestra sencillez y vuestra llaneza, que todos cuantos os rodeen se juzguen con fuerzas suficientes para imitaros. Debéis ser tan humildes y hacer de tal manera gala del favor de Dios, de quien procede todo bien, que allanéis el camino de la imitación a todos. Así, servirán vuestro ejemplo y vuestras palabras para librar de la corrupción a cuantos tratéis

### Punto II

La Hija de Santa Teresa deja de ser sal de la tierra y por tanto de producir los efectos dichos, cuando pierde su virtud característica; es decir, cuando el elemento sobrenatural, el espíritu de fe, de celo, la obra de apostolado se desnaturaliza, mezclando el ele-

mento humano, mixtificando lo que en su principio, medio y fin es la obra de la gracia. Toda su virtud, toda la fecundidad de su apostolado está en Cristo y cuando de Cristo se separa, poniendo su confianza en las criaturas, en los medios e industrias humanas, su obra ya no es de apostolado, es una labor natural más o menos estimable ante el mundo, según las dotes que posea el que la ejecuta, pero sin valor alguno en orden a la vida eterna. Y así como la sal que no sirve para salar para nada sirve, la Tersiana que no cumple su misión, que perdió su virtud, su espíritu, para nada sirve en la Obra.

Tengan muy presente las Hijas de Santa Teresa la finalidad que persiguen, para elegir los medios en relación con el fin. Las que pretendan un fin humano y terreno, pongan enhorabuena todo su empeño en reforzar el elemento humano y su confianza en la mayor suma de esos elementos; gasten sus energías y empleen sus talentos y destreza en sutilezas y cálculos, y su actividad en la ejecución de ellos; pero las Teresianas van por el camino opuesto; de aquí que, perdido el espíritu, queden tan inútiles como lo es la sal cuando pierde su virtud.

«Creí; por esto hablé; más yo  
he sido sumamente abatido.»—  
(Salmo 115. v. 1.)

Punto 1

Hay muchas maneras de creer; pero una sola es la que justifica; de aquí que todos los que creen como debe creerse, manifiestan su fe de modo pléntrico. Creer bien y enmudecer no es posible; lo dice el Real Profeta o sea el Espíritu Santo por boca de David: «Creí; por esto hablé». Es decir, mi creencia, mi fe no es vacilante, es firme, inquebrantable, y por eso hablo.

Los que pretenden armonizar el silencio reprovable con la fe sincera, pretenden un imposible. Los verdaderos creyentes hablan para confesar la verdad que profesan, cuando deben, como deben, ante quienes deben y para decir lo que deben.

Quando deben.—Se debe hablar para confesar a Cristo, hacer profesión de fe, defender la Doctrina de Cristo, cuando así lo exige el

bien de la Religión y el provecho del prójimo. Un verdadero creyente manifiesta su fe en sus escritos, en sus conversaciones, en sus discursos, en sus explicaciones en la cátedra.

**Como deben.**—Seriamente, sin provocaciones, pero sin cobardías; sin petulancias, pero sin pusilanimidad; con caridad, pero sin aduaciones; con respeto, pero sin timidez; sin ira, pero con dignidad; sin terquedad, pero con firmeza; con valor, pero sin ser temerarios.

**Ante quienes deben.**—Ante los superiores y ante los súbditos; a los mayores, a los iguales y a los pequeños; y para decir lo que deben, sea o no, del agrado de los que oyen; halague o no, a los que escuchan; sea conforme, o no, a las creencias de los que presencian la manifestación de su fe.

Para salvarse es preciso hablar. Terminantes son las frases (del Apóstol: **Porque de corazón se cree para justicia; mas de boca se hace confesión para salud; y porque se trata de algo esencial para obtener lo único necesario, que es la salvación del alma, conviene detenerse a considerar prácticamente estas verdades: Hay quienes pretextando una prudencia mal entendida, la prudencia de la carne, que en expresión de San Pablo es muerte, contraria a la del espíritu, que es vida y paz, según**

el mismo apóstol, omiten la confesión de sus creencias; y quienes escudándose en su ilustración y cultura en el saber de la carne, que es enemigo de Dios, como afirma el Espíritu Santo, callan cuando deben hablar. Mas hemos de tener en cuenta que tal silencio es inexcusable ante Dios, aunque sea de gran aceptación ante los hombres, que encuentran, en este reprobable silencio la mejor garantía para su impiedad. Y no es que allá en su conciencia aprueben esta conducta, ni que su talento la aplauda, pues tal cobardía no queda sin reproche en su juicio y en su corazón; es que de esta manera dejan más libertad a sus audacias, y menos entorpecimientos a sus planes. Alguna vez se pretende al omitir esta profesión de fe, hacer un servicio a la misma fe, olvidándose de que la doctrina de Cristo, esa fe que se pretende favorecer con el silencio, se propagó derramando su sangre los primeros cristianos; que merced a la santa intrepidez de los santos mártires y confesores, llegó hasta nosotros este tesoro inapreciable; que la valentía de nuestros padres en confesar a Cristo, nos libró de herejías y cismas, de vicios y corrupción.

Hay también quienes se empeñan en llegar al fin, y contra todo lo establecido por la providencia del Señor, expresarlo en las Santas

Escrituras, predicado por la Iglesia y practicado por los santos, juzgan como medio para atraer a la fe de Cristo lo que no solamente es contrario a ello, sino que está por Cristo reprobado y condenado en mil ocasiones. Término seguro de este falso celo es la pérdida de la fe en los mismos que pretenden propagarla de modo tan extraño.

Empeñarse en reformar la norma establecida por el único que pudo establecerla; querer introducir en el método de propagar el cristianismo, novedades opuestas a las enseñanzas de su Divino Fundador; pretender santificar a los demás comenzando por ser infiel el apóstol, es sugestión diabólica y procedimiento herético.

No hay manera de conciliar esas opiniones con la afirmación que se expresa en estas palabras de Cristo: «Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los Cielos.»

Por tanto, o hemos de confesar a Cristo delante de todos los hombres, en todas las ocasiones, sin género alguno de distingos, o hemos de quedar excluidos del reino de los Cielos.

A los que enmudecen cuando debieran ha-

blar llama el Crisóstomo traidores por estas palabras: «No solamente se debe reputar por traidor a su Religión el que la ha abandonado abiertamente, sosteniendo la mentira, sino aquel que no la confiesa públicamente, sosteniendo la verdad.»

Tal omisión equivale a una negativa, y la suerte de los que así se conducen lo declara el mismo Cristo en el versículo siguiente al citado: «y el que me negare delante de los hombres lo negaré yo también delante de mi Padre, que está en los Cielos».

¡Y hay tantas maneras de negar a Cristo! ¡Y hay tantos que lo niegan por cobardía, por respeto humano, por miedo! ¡Y hay tantos que pretenden hacer confesiones opuestas sin recordar las terminantes palabras del Salvador! «El que no está conmigo está contra mí.»

## Punto II

«Mas yo he sido sumamente abatido.»

Humillaciones, abatimientos, contrariedades, persecuciones, sufrimientos, martirio, todo ello viene como consecuencia legítima. Así aconteció al Maestro, y «no ha de ser su discípulo

más que su maestro, ni el siervo más que su Señor »

Sin que haya medio de librarse de tales consecuencias, cuando existen tales confesiones, aunque se adopten aptitudes más opuestas: «Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: «**Demonio tiene**». Vino el Hijo del hombre, que come y bebe y dicen: «**He aquí un hombre glotón y bebedor de vino**».

La verdad, el bien, la virtud, chocan siempre con sus contrarios. El espíritu del mundo está en oposición abierta con el de Cristo, por lo cual dijo el mismo Señor a sus discípulos para prevenirlos contra esa falsa doctrina que pretende armonizar lo que no puede en manera alguna conciliarse:

«**No penséis que vine a meter paz sobre la tierra; no vine a meter paz, sino espada.**» Y en otro lugar: «**¿Pensáis que soy venido a poner paz sobre la tierra? No vine a poner paz en la tierra. Os digo que no, sino división.** Y no es que Cristo deje de ser el pacificador universal, ni que las palabras que los mensajeros celestiales pronunciaron a su nacimiento, —«paz a los hombres de buena voluntad»— ni el saludo que empleó en muchas ocasiones diciendo: «La paz sea con vosotros», dejen de ser oráculos infalibles; es que la paz del Sal-

vador es la paz verdadera y no esa otra que en vano pretenden conseguir los mundanos. Sí, el Maestro dice a sus discípulos: «La paz os de-  
jo, mi paz os doy»; pero añade: «no os la doy como os la da el mundo. La paz es orden, armonía, gracia; es compatible con los dolores, amarguras y persecuciones; existe aun cuando todo se conjure contra sus discípulos; es la paz del alma, del corazón, de la conciencia, del cumplimiento del deber, de la razón que estima y aprecia en su justo valor las cosas, de la fortaleza que se mantiene intrépida en la lucha, que no es vencida por halagos, ni por amenazas. De aquí que Cristo añadiera a sus últimas palabras referidas: «No se turbe vuestro corazón ni se acobarde».

Es decir: aunque se levanten contra vosotros todas las furias del averno, aunque la mentira, el error, y la calumnia, se ceban en vosotros, no os turbéis. «Si llamaron Belcebu al padre de familias, ¿cuánto más a sus domésticos? Y hasta les anuncia la incompatibilidad que habían de tener siempre con los mundanos, precisamente por no ser ellos del mundo y porque siendo sus discípulos participarían del odio que el mundo tuvo al Maestro.

«Si el mundo os odia, sabed que primero me odió a mí». Más aún les dice, que serán abo-

recidos por confesarle y llamarse sus discípulos. «Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre».

Ahora bien, que al propio tiempo que les anuncia tales persecuciones y odios, les llama bienaventurados, por el hecho mismo de ser perseguidos: «Bienaventurados sois cuando os maldijesen y persiguiesen y dijeseis todo mal contra vosotros, sintiendo por mi causa.» «Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es muy grande en los Cielos. Pues así persiguieron también a los profetas que fueron antes que vosotros.» A tales recompensas lleva la confesión del nombre de Cristo y la profesión de su doctrina. Tal fué el camino que trazó el Salvador, la senda que siguieron los santos, y la que han de llevar los que odiando al mundo y a la paz engañosa con que brinda; para hacer enmudecer a los hijos de Dios, prefieran en razón y en justicia la lucha noble y generosa que se sigue de la manifestación de nuestras creencias, de la defensa de la verdad y de la práctica del bien.

Punto III

Abominemos siempre de la tibieza y no seamos nunca del número de aquellos a quienes dijo el profeta Elías: «**¡Hasta cuándo cojearéis por ambos lados? Si el Señor es Dios, seguidlo; y si Baal, seguidle**». En verdad no hay estado más deplorable que el de aquellos contemporalizadores, causantes de la ruina y perdición de cuantos les siguen. El Espíritu Santo lo dice con frase elocuentísima: «**Conozco tus obras; que ni eres frío ni caliente; ¡ojalá! fueras frío o caliente; mas porque eres tibio, te comenzaré a vomitar de mi boca**». Náuseas, asco, vómito produce a Dios la perfidia, cobardía, pereza y respeto humano de quienes así se conducen.

¡Y cómo contrasta esta conducta con la de aquellos fervorosos cristianos (de las Catacumbas! Así eran sus triunfos; así son hoy, transcurridos los siglos, bendecidos y alabados como héroes de la humanidad. Porque (los consumió el celo de la gloria de Dios, la defensa de su causa, la propagación de su doctrina, la salvación de la humanidad; porque las afrentas de los que les zaherían recayeron sobre ellos;

porque no temieron a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. Por esto padecieron los escarnios, las persecuciones y el martirio.

Mas después, sus mismos enemigos les hicieron justicia, repitiendo lo que se dice en el libro de la divina Sabiduría: «Nosotros, insensatos, teníamos su vida por locura, y su fin por una deshonra. Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios, y entre los Santos está la suerte de ellos. Luego hemos errado del camino de la verdad y la luz de la justicia no nos ha alumbrado; ni el sol de la inteligencia ha nacido para nosotros».

Para no errar del camino de la verdad y para que la luz de la justicia brille para nosotros y para que el sol de la inteligencia nos alumbre, imitemos al Real Profeta haciendo programa de nuestra vida, su frase «Creí, por esto hablé», y esperemos que en nosotros se cumpla aquella otra, «mas yo he sido sumamente abatido», que tales confesiones y tales abatimientos nos proporcionarán la dicha incomparable de ser contados entre los hijos de Dios. Amén.

«Andad como conviene a la  
vocación con que habéis sido  
llamadas.» — San Pablo a los  
Efesios; capítulo IV-V. I.

Amadísimas: El mismo ruego que hacía el Apostol San Pablo a los Efesios, hice yo en muchas ocasiones a las Teresianas, y quiero recordarlo ahora por medio de estas letras; y si bien lo pensais, no os causará extrañeza mi insistencia, porque se trata de algo que importa mucho a la vida de nuestra Obra.

El ruego es este: «que andeis como conviene a la vocación con que habeis sido llamadas». Mas cómo habéis de andar? El Apóstol lo dice en algunos de los versículos del mismo capítulo IV: Conviene a vuestra vocación el llamamiento con que Dios Nuestro Señor os ha favorecido; «andad solícitos en guardad la unidad del espíritu en vínculo de paz.» Esto es, diligentes para conservar a toda costa la unidad del espíritu, y para conservarla por amor que es el vínculo de la paz, no por medios vio-

lentos, ni por propia conveniencia, ni por otra cualquiera consideración humana. Si las Hijas de Santa Teresa, todas ellas, lo mismo las que recibieron gracias extraordinarias, que las que no fueron tan favorecidas, ya que a unas y a otras, a todas, se les dió «según la medida de la donación de Cristo» y no por medios propios ni como recompensa; si vosotras, repito, no andáis solícitas en guardar esta unidad de espíritu de nuestra Obra, no correspondereis a vuestro llamamiento.

Podrá darse el caso de que trabajéis, os afaneis, seáis diligentes para ejecutar obras buenas; pero no correspondereis a vuestra vocación.

Sin espíritu ¿qué sería la Obra? No siendo «uno solo», sino diversos, ¿cuántas serían las fisonomías? Si ese espíritu, y no otro, de igual modo no existe en todas, si no os informa un mismo espíritu. ¿qué resultará de esa diversidad? — Cada una hará una Obra buena; pero serán tantas obras cuantas sean las Teresianas y no una sola Obra.

Pues si quereis conducir os como conviene a vuestra vocación, habeis de ser solícitas en guardar el espíritu que informa la Obra para la que fuísteis llamadas.

Recodad las frases de Fray Luis, que, hablando de las Carmelitas Descalzas, dice: «que como las anima una misma virtud, así las figura a todas de una misma manera; y como en espejos puros, resplandece en todas un rostro que es el de la Madre Santa, que se traspasa en sus hijas».

Insiste el Apóstol condicionando la unidad de cuerpo y de espíritu a la unidad de esperanza en estas palabras: «Un cuerpo y un Espíritu como fuísteis llamados en una esperanza de vuestra vocación». La esperanza de vuestra vocación es una y la misma en todas, porque aquella que viniera a la Obra por otro motivo, con otra esperanza que no sea la de ganar el Cielo y poseer a Dios, santificándose y santificando al prójimo, no entró por la puerta, no fué llamada, es una intrusa. Pues si la esperanza es una y el cuerpo y el espíritu han de ser como la esperanza, debéis constituir un solo cuerpo, cuya cabeza es Cristo, y vosotras miembros, y como a un solo cuerpo corresponde un solo espíritu que lo informe, porque dos espíritus no informan a un cuerpo solo, también el espíritu ha de ser como la esperanza.

Volvamos a repetir frases del elogio que de las Descalzas hizo Fray Luis: «que tales son

sin duda, no solo en la perfección de la vida, sino también en la semejanza que entre sí tienen en ella, que no hay dos cosas tan semejantes cuanto lo son todas entre sí y cada una a la otra, en la habla, en la modestia, en la humildad, en la discreción, en la blandura de espíritu; y finalmente en el trato y estilo».

Todavía el Apóstol quiere afianzar más la unidad; y para ello sigue expresándose de esta manera: «Un Señor, una fe, un bautismo». Es decir: a un Señor, una fe y un bautismo, corresponde unidad de esperanza, de alma y de cuerpo. ¿Servís a un solo Señor? Pues sus preceptos, sus leyes, sus mandatos, son los mismos para todas. ¿Profesais una misma fe? Pues tenéis idéntica doctrina, debéis aprender las mismas verdades. ¿Recibísteis un mismo bautismo? Pues los medios de santificación, vuestros sacramentos son idénticos. Las que obedecen y sirven a un mismo Señor, estudian en la misma escuela y se sirven de los mismos medios, no solamente practican la misma doctrina; sino que hasta en su porte, vestido y modales, son idénticas.

Por tanto, quien a pesar de todas estas facilidades discrepe y disienta, o no tiene vocación, o no anda como a su vocación conviene.

Temed mucho, amadísimas y poned empeño en conservar la **unidad del Espíritu en vínculo de paz**, si no quereis contraer una responsabilidad tremenda. No lo permita el Señor que así suceda. Para ello examinaos detenidamente, arrepentíos de vuestros yerros y proponed seriamente la enmienda invocando las gracias abundantísimas que en este santo tiempo derrama Dios Nuestro Señor. Que El os bendiga como lo desea vuestro Padre.

3.º «Porque aunque andamos en carne no militamos según la carne.»

4.º «Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas en Dios, para destruir fortalezas, derribando consejos.»

5.º «Y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo entendimiento para que obedezca a Cristo.»—(Enseñanzas de San Pablo a los Corintios, muy aplicables a las Teresianas).

### Punto I

Dice el Apóstol en el verso 3.º del capítulo X de su 2.ª Epístola a los Corintios: «Porque

aunque andamos en carne no militamos según la carne». También podeis decir vosotras: Aunque nos veis vestidas como las jóvenes de nuestra clase y condición, aunque en nuestro modo de vivir, en nuestro sueño y refección no guardamos austeridad que asuste, aunque vivimos con las gentes, paseamos, concurrimos a centros de enseñanza, conferencias, bibliotecas, excursiones, etc.; aunque en lo exterior nada extraordinario ejecutamos, sino que nos confundimos con los que andan y viven en carne, no militamos según la carne; porque ni profesamos las doctrinas del mundo, ni pensamos, ni creemos, ni esperamos, ni amamos como los del mundo, ni nuestra conversación, nuestros hechos, nuestros planes, se ajustan a los del mundo; ni militamos en su bandera; ni queremos otro Rey que Jesucristo; ni figuramos en otras filas más que en las de su ejército, ni estamos sujetas a otras ordenanzas que a su Evangelio; ni ponemos el corazón en las riquezas; ni la confianza en el poder; ni la seguridad en las armas. Andamos y vivimos en carne, porque vamos caminando hacia el Cielo, y el alma ha de librar las batallas viviendo en el cuerpo. Lloramos, nos cansamos, padecemos sed, sentimos nuestras miserias,

pero queremos imitar a Cristo que supo llorar conformándose con la voluntad del Padre, que se cansó y fatigó para salvar almas, que padeció sed para refrigerar la nuestra.

## Punto II

«Porque las armas de nuestra milicia no son carnales». Si lo fueran serían impotentes, estarían condicionadas al poder y a la fuerza humana, serían mudables, dependerían de muchas causas naturales, y como éstas serían limitadas. «Sino poderosísimas en Dios»; porque toda nuestra fortaleza, nuestro poder, se funda en Dios, en quien está nuestra confianza; porque sabemos que solo El es omnipotente, que a El está sujeto el mundo, que es el Autor de las leyes, que de El procede todo bien, toda grandeza, toda existencia. Por tanto nuestras armas no tienen limitación, somos poderosísimas «para destruir fortalezas» de conjuros, de vicios, de bienes materiales, de salud, de persecuciones, de poderío de todo lo humano, transitorio y caduco; y «para derribar consejos»; porque toda maquinación, todo cálculo, plan, prudencia de carne, sabiduría humana, es como si no fuera en presencia de Dios. Y

sabemos que las victorias que conseguimos —inexplicables según la carne y la sangre, según el mundo y sus leyes—, las debemos a las armas poderosísimas que en nombre de Dios esgrimimos, y porque el ser poderosísimas lo debemos a Dios. Nuestros triunfos ni se miden por el valor personal de cada una, ni por sus fuerzas, ni por su posición, ni por su ciencia, pues Dios da las armas y pone la victoria en manos de quien place a su Divina Omnipotencia.

### Punto III

Y destruimos «toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios. Porque toda ciencia por sorprendente que resulte, por brillante que sea, por profunda que parezca, es ignorancia y no ciencia ante Dios, que es la sabiduría increada. Porque todo edificio, por alto que se vea, como no esté fundado en Cristo, su misma elevación aligera su destrucción.

Porque es más sabio y sabe deshacer mejor los argumentos del enemigo, desbaratar sus planes y resolver todo género de dudas, el que cimenta su ciencia en Cristo, vé con la luz ce-

lestial de la fe y habla según las aspiraciones del Verbo, sabiduría infinita.

Pero a la vez que haceis todo esto, como vuestra obra es (de Apostolado, es de edificación y no de destrucción, «reducís a cautiverio todo entendimiento», pero no para humillarlo y oprimirlo sino para engrandecerlo y enaltecerlo, «para que obedezca a Cristo» cuya obediencia enaltece y dignifica, porque servir a Cristo es reinar.

Vuestra misión, vuestro magisterio, ha de ser como el de Cristo: vosotras habéis de elevar cuanto toquéis, consolar a los que visitáis, enseñar a los que os rodean, ilustrar a los que educáis, santificar a los que se os confían, sanar a los que os piden consejo y edificar a todos.

Considerad todo lo expuesto y practicarlo.

«Si vivimos por Espíritu, andamos también por Espíritu.»—

San Pablo a los Gálatas c. V.

v. 25.

Punto I

Bien podemos aplicarnos estas palabras las Hijas de Santa Teresa, porque nuestra vida como tales Tersianas, no tiene otra razón de ser que el espíritu. El espíritu nos reunió, el espíritu nos une, el espíritu nos impulsa, el espíritu nos conforta, el espíritu nos promete el premio.

Quitamos de nuestra Obra el espíritu y ¿qué queda? Si algo somos, al espíritu lo debemos.

Humanamente nada significamos, nada podemos, nada valemos. Otras sociedades son poderosas y fuertes por su capital, por el valer de sus miembros. por la protección de los grandes, pero la nuestra, que carece de todo, ¿qué le quedará si le falta el espíritu? Además, ni hubo otra razón para fundarla que la pura-

mente espiritual, ni tendría explicación la vida de sufrimientos, trabajo y privaciones si no fuera por el espíritu.

Conviene mucho que todas nos penetremos de estos conceptos para que podamos cumplir mejor nuestra misión, conociendo exactamente nuestro espíritu.

## Punto II

Vivir por espíritu y no andar también por espíritu es irexplicable.

Si Dios está en el corazón de las Teresianas, si en él, y en su inteligencia reina Cristo, ese espíritu se exteriorizará en todos nuestros actos, y pensaremos, hablaremos y obraremos, es decir, andaremos a impulsos del espíritu. ¿Por quién se afana, trabaja, sufre y obedece la hija de Santa Teresa?—Por espíritu. De la abundancia del corazón habla la boca, y qué cierto es que nos delatamos siempre.

Detengámonos un poco con la consideración; traigamos a nuestra memoria nombres, hechos y personas; las casas en donde hay Teresianas de espíritu dan una sensación tan diferente de donde no las hay! Como que el espíritu es el que vivifica. No andar por espíritu, es no vivir por espíritu, es no vivir como Teresiana.

Luego hemos de deducir que la que anda de otro modo, no vive la vida de Teresiana, aunque se llame Teresiana, forme en nuestras filas y sea considerada como tal.

### Punto III

No andamos por espíritu, cuando nos movemos por algún motivo humano, cuando en nuestros actos falte ese «quid» especial, que se observa en las personas de espíritu; cuando nos mueve el viento de la vanidad, el estímulo de la grandeza, el afán de cariños; cuando andamos descompuestas, desordenadas y variables; cuando ponemos un cuidado exagerado en nuestras cosas, que no procede tanto del empeño de cumplir nuestro deber, cuanto de la confianza de las fuerzas humanas en el talento, en el bien decir, en las simpatías, en los dones de naturaleza.

No andamos por espíritu cuando las contradicciones nos aplanan, los fracasos nos confunden, los desengaños nos irritan, cuando las alabanzas nos estimulan, el aplauso nos presta energías.

Entremos, pues, en cuenta con nosotras mismas para conocer si anduvimos por espíritu o no, que es, en último término, deducir si somos o no Teresianas.

«Acuérdate, Señor, de tu alian-  
za, y pon en mi boca palabras,  
y fortifica en mi corazón el de-  
signio para que tu casa perma-  
nezca en tu santificación.»—  
Judit, cap. IX. v. 18.

Punto I

Mientras en el corazón de las Teresianas se fortifique el designio, la misión, la vocación, y Dios ponga en nuestras bocas palabras que correspondan -a este designio, nuestra casa, nuestra Obra, permanecerá en la santificación. Cuando falte todo esto no habrá obra santa, aunque haya obra humana. Mas, como esta alianza, El la comenzó, y El ha de seguirla, hemos de hacer ferviente oración y mover su misericordia, recordándole su promesa. Esto es lo primero. Que demos convencidas de que Dios fué quien nos llamó y quien nos sostiene; que la alianza entre Dios y nosotras, si se rompe

es por nuestra causa, y que tanto para no desfallecer en nuestra empresa, ni olvidar nuestra misión, como para solicitar la misericordia del Señor, hay necesidad de repetir con frecuencia, lo mismo en la adversidad que en la prosperidad, estas palabras: Acuérdate, Señor, de tu alianza, para que todas permanezcamos en tu espíritu y permanezca en tu casa la santidad.

## Punto II

Judit hacía esta oración al Señor para que le concediese la victoria y conocieran las gentes que de Dios era el triunfo.

Esto han de pedir las Teresianas, y este ha de ser el fin que se propongan: la gloria de Dios, su reinado. La batalla en que estamos empeñados es algo peligrosa, y si hemos de salir ilesas y cantando victoria, si hemos de regenerar al mundo sin que el mundo nos reduzca y corrompa, necesitamos pedir día y noche que fortifique el Señor en nuestros corazones el designio; que haga de cada una de nosotras una fortaleza inexpugnable; que tan firme haga su designio en nosotras que le sintamos constantemente; que dentro de nosotras,

en el corazón, ponga los sentimientos que corresponden a nuestra vocación, para que sea cada día más sólida, más pura, más vigorosa.

Si sabemos conservarla orando y poniendo muros y antemurales, para que ni impresiones halagadoras, ni dardos emponzoñados lleguen hasta el corazón, el Señor cumplirá su alianza, y en su casa lucirá la Santidad verdadera. Su santificación, no otra alguna, por aparatosa que sea.

### Punto III

Además pedía Judit al Señor que pusiese en su boca palabras, porque en el designio entra este elemento. Y cuán preciso es también para las Hijas de Santa Teresa, las cuales han de cumplir su misión enseñando. ¡Mas, qué diferencia hay entre hablar humanamente, y pronunciar palabras que puso Dios en nuestras bocas! Nosotras no pedimos, no necesitamos la elocuencia humana, lo que deseamos para mejor cumplir nuestro designio es que Dios ponga sus palabras en nuestras bocas, porque siendo palabras suyas, aunque las pronuncien nuestras bocas, no perderán su eficacia, y poniéndolas El, no siendo elegidas

por nosotras, serán siempre las más adecuadas, las más precisas, las más eficaces.

¡Cuánta eficacia tiene la palabra en nuestra vocación, en el cumplimiento de nuestros deberes, para destruir errores, enseñar virtudes, extender el reinado de Cristo! ¡Mas cuánto daño, cuánta desedificación podemos causar con nuestras palabras! Convencidas de la trascendencia que tiene este aspecto de nuestro apostolado, pidamos incesantemente al Señor como pidió Judit, que ponga en nuestras bocas sus palabras.

«Todo reino dividido será de-  
solado».—(San Lucas, 11-17).

Punto I

La fuerza está en la unión, y si la unión es efecto de la caridad, la fuerza es invencible.

Los reinos, los pueblos, las sociedades, las comunidades más fuertes, son las más y mejor unidas.

Dijo Jesucristo en su Santo Evangelio, Todo reino, para significar que no se refería a tal o cual género de sociedades, sinó a todas; allí donde se reúnen varios ha de existir la unión si han de constituir, si han de conservarlo, si han de hacerlo progresar.

Nosotras, si aspiramos a que nuestra Obra sea estable, hemos de poner el mayor empeño en vivir muy unidas; si deseamos que se extienda y prospere, hemos de afianzar esta unión.

Cualquier desavenencia entre nosotras, repercutirá en la Obra ;y vale más no formar en las filas que permanecer en ellas para in

roducir divisiones y discordias, las cuales vienen necesariamente, faltando la unión. ¿Será posible que no hayamos dado tanta importancia a la unión?

## Punto II

«Reino dividido, reino desolado.» La palabra de Cristo es infalible. No anuncia un mal posible, sino necesario, que sigue inmediatamente a la división. ¡Cuántas sociedades y riosos fueron desolados contando con elementos de fuerza, de riquezas, de talentos, de número, porque se introdujo en ellos la división, que es la ruina!

Esa división da la clave, lo que de otro modo sería misterio, y cuando es oculta la división es más pronta la desolación, porque hay menos facilidad para atacarla. Prosperidades que no se explican por la pobreza y falta de medios de todo género, tienen el secreto de su fuerza en la unión. Ahora sí que comprendemos lo necesaria que es para la Obra Teresiana.

Y conocemos también las consecuencias legítimas, que son el empeño que hemos de poner en conservarla y la vigilancia para evitar

que se introduzcan divisiones y partidos en nuestra Obra. Si esto omitiéramos, demostraríamos con hechos que no le profesamos amor, que no nos importa su bien.

### Punto III

¿Qué haremos para evitar la desolación?— Unirnos cada vez más y cada vez mejor. Más, siendo más completa la unión, siendo de pensamiento, de palabra y de obra. Mejor, fundamentándola en el amor de Dios y no en lo que es inestable y perecedero. Si examinamos el origen de las divisiones lo hallamos siempre en el amor propio; luego deponiendo éste, quitamos aquéllas. Y si tan arraigado estuviera en nosotros este torcido amor, y fuera mayor que el que a la Obra profesamos, dejemos a ésta, para no causarle la muerte. Si de veras amamos a la Obra y vemos claramente que con un pequeño sacrificio de amor propio, cediendo, deponiendo nuestra terquedad, siendo menos celosas de nuestra autoridad, podemos mantener la unión y evitar la desolación y la ruina, ¿cómo es posible que no ejecutemos lo que tan fácil es y tan claramente comprendemos?

Unos pocos, los primeros cristianos, constituyeron una sociedad poderosa, la propagaron por el mundo y se conserva a través de los siglos. ¿Cómo?—Lo dicen los hechos apostólicos: «Teniendo un solo corazón y una sola alma».

Si las Hijas de Santa Teresa hacen otro tanto, su Obra será bendecida por el Señor. Y las Teresianas ni son de otra raza, ni profesan otra doctrina, ni tienen otra ley que la de los primeros cristianos.

«¿Tan necios sois que habiendo  
comenzado por Espíritu acabeis  
por carne?».—(San Pablo a los  
gálatas. Capítulo III-v. 3).

Punto 1

A las Teresianas que perdieron el primer fervor, a las que no progresan en la virtud, a las tibias, se les puede aplicar la frase del Espíritu Santo, consignada al principio. No podemos discutir el calificativo, porque es el Espíritu Santo quien lo pone; no podemos tampoco dudar de que se refiere a los expresados, porque ellos son los que comenzaron por espíritu y terminaron por carne. Comenzar por lo más difícil, vencerse en los primeros tiempos, formar resoluciones, arrancar vicios y hábitos, gustar las dulzuras de la virtud, y cuando ya se disfruta de esa vida superior, abandonarla para entregarse a la servidumbre de la carne es necedad que puede ser calificada con otro nombre más fuerte aún. Dejar la paz, la alegría de conciencia, la

satisfacción noble del bien obrar, la comunicación con Dios, la compañía de los Santos, la sociedad con los Angeles, para hacerse siervos de la miserable carne, parece algo que no tiene explicación real.

Pensemos detenidamente en estas premisas.

## Punto II

¿Qué sucede a la Teresiana que perdió su primer fervor, a la que es tibia, a la que no progresa en la virtud?—Que no cooperó a la gracia de Dios, que desaprovechó las luces, inspiraciones y mociones del Espíritu Santo, que perdió el concepto de las cosas, y estimó más a las de la tierra, siendo tan miserables, que a las del Cielo, siendo tan excelentes; que se fué pegando a lo terreno y desprendiéndose de lo sobrenatural; que se le estragó el gusto. ¿Y por qué?—Por necedad; pero necedad que ha de costarle muy cara.

Es cierto que el paso de uno a otro estado no suele ser tan brusco, pero al final es seguro; acabar por carne, como dice el Apóstol, es el término de los que pierden el Espíritu. Con harta frecuencia conviene examinarse para ver si se está en la pendiente que lleva al pre-

precipicio, y con gran humildad hemos de recibir las advertencias y avisos de nuestras compañeras, porque suele acontecer que cegadas por el amor propio, no veamos lo que observan y conocen las que están libres de él. Se trata de algo tan serio que hay necesidad de meditarlo mucho.

### Punto III

Luego lo esencial es conservar el espíritu. ¿Y cómo?—Humillándose y orando. La oración nos trae el espíritu, la humildad nos pone en condiciones de recibirlo. Lo más opuesto a la carne es la humildad, pues ella nos revela su miseria y nos hace sentir el desprecio en que (debe ser tenida; lo que más favorece la vida del espíritu es la oración, porque nos aproxima al espíritu por esencia.

Mientras las Teresianas conserven el espíritu de oración y el amor a la humildad, están bien lejos del precipicio. ¿Cómo notaremos que se conserva ese espíritu de oración y ese amor a la humildad?

Hay señales inconfundibles. La afición al retiro, la puntual observancia de las prácticas piadosas, la paz, la ecuanimidad, el orden, y

hasta la fisonomía exterior, delatan al alma de oración; y el desprendimiento, la abnegación, la obediencia, el hacer caso de las cosas pequeñas, la desconfianza de sí misma, la elección del último sitio, el no quejarse, el recibir bien las reprensiones, acusan humildad de espíritu.

No nos fiemos de otras señales, porque suelen padecerse equivocaciones. Ahora, júzguese cada una, y vea si conserva el espíritu; mejor dicho, si progresa, porque en habiendo espíritu hay adelanto.

«Todo lo que hagais, hacedlo de corazón, como por el Señor, y no por los hombres.—(San Pablo a los Colonenses. Capitulo III-v. 23).

Punto I

Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón. Vosotras debéis leer lo siguiente: todo cuanto hagamos debemos hacerlo de corazón. Si es todo, no cumplimos cuando hacemos de corazón unas cosas y no otras, cuando ponemos todo empeño en lo que más nos agrada, y ejecutamos mal, con tibieza, sin fe ni entusiasmo lo que nos desagrada, o nos es menos agradable .

Para que sea todo, han de entrar pensamientos, palabras y obras: hay que poner ese empeño cuando pensamos lo que estamos obligados a pensar para bien propio y de la Obra, cuando hablamos de lo que debemos hablar y en las acciones que ejecutamos. Cuando todo lo hicimos de corazón, ¿cómo lo hicimos?

y cuando no, ¿apreciamos nosotros la diferencia que hay entre hacer de corazón las cosas y hacerlas por cumplir, sin voluntad, ni entusiasmo? ¿Tiene la Obra derecho a exigir de nosotras esto?

Luego si hemos faltado, hemos privado a la Obra de bienes que le correspondían.

## Punto II

Como por el Señor. ¿Cómo se hacen las cosas cuando se ejecutan por Dios, exclusivamente por El?

Recordemos planes, conversaciones, obras realizadas con gran pureza de intención, ofrecidas y consagradas a Dios. ¿Es verdad que no parecen de criatura humana? Y es que teniendo fe, y haciéndolo todo por el Señor, se hace con puntualidad, con fervor, con desprendimiento, con amor; es que por Dios no cuestan los sacrificios, ni importan las molestias, ni duelen los desengaños; es que por Dios se obra sin precipitaciones, sin angustias, con paz, con seguridad; es que haciéndolo todo por el Señor, nos es lo mismo lo que nos encumbra que lo que nos humilla, lo que nos place que lo que nos desagrada, lo fácil que

lo difícil. Pero en justicia, la Teresiana, que todo lo consagró a Cristo, ¿por quién ha de hacerlo todo sino por el que tiene derecho a sus pensamientos, palabras y obras? Es decir, que también hemos usurpado a Dios lo que era suyo, cuando por El no hemos realizado todos los actos de nuestra vida.

### Punto III

Y no por los hombres. Por los hombres y para ser visto de ellos y esperando su recompensa y para merecer su estimación, obran y se afanan los mundanos; pero la Hija de Santa Teresa está crucificada para el mundo, y el mundo para ella. Hemos costado mucho a Jesucristo para que nos afanemos en contentar al mundo, que es su enemigo. Vale mucho nuestra alma para consagrar a las criaturas nuestros desvelos. Tenemos un corazón que no se satisface con esos amores, ni encuentra descanso en esos bienes, ni aspira a esas glorias. De las veces que hemos hecho algo por los hombres, ¿qué experiencia tenemos? Y cuando así hemos obrado, ¿cuál fué la recompensa?, ¿logramos lo que pretendíamos?

Además, cómo contrasta la bondad de Dios

colmándonos de bienes verdaderos cuando por El lo hacemos todo, con la injusticia, maldad y tiranía de los hombres a quienes nunca parecen suficientes nuestros afanes.

Regla es de la Hija de Santa Teresa, hacerlo todo de corazón, como por el Señor y no por los hombres. Regla dada por el Espíritu Santo, que es quien habla por la Escritura.

Cumplamos con nuestra regla.

«Yo soy el camino y la verdad  
y la vida».—(San Juan XIV-6)

Punto I

Cristo es para nosotros camino verdad y vida. Camino por donde hemos de ir al Padre, camino único, fuera del cual no podemos caminar. Llegar al término sin pasar por el camino, es imposible. Es principio del camino, porque entramos en él por la gracia que nos obtuvo Cristo, seguimos en él, merced a la misma gracia, y sin ella no podemos perseverar hasta el fin.—Nadie viene al Padre sino por Mí—dice Jesús.

Nosotros hemos perdido mucho tiempo, porque tiempo perdido es el que emplamos en ir por unas y otras sendas, en andar fuera del camino, de aquí la falta del progreso en la virtud. Por este camino vamos seguros contra todo género de enemigos y de dificultades; no necesitamos guía porque siguiendo a Cristo no hay equivocación posible.

¿Habremos querido alguna vez llegar a Dios por otro camino? ¡Cuántas veces hemos sus-

pirado por encontrar el camino y pedido al Señor que nos lo mostrase! Pues regla infalible es la posesión de Cristo, porque El ha dicho de Sí mismo que es el camino.

## Punto II

Cristo es la Verdad. Verdad sustancial, increada, eterna. Conociendo a Cristo la Hija de Santa Teresa conoce toda la verdad, está libre de todo error, de toda ilusión, sabe apreciar las cosas según lo que valen.

Esa sed de verdad que tenemos no puede saciarla más que Cristo. ¿Quién necesita más de la verdad que aquél que ha de enseñarla? Luego a la Hija de Santa Teresa es sumamente necesaria la posesión de la verdad.

Rodeada de una atmósfera de mentiras, en medio de un mundo engañoso, la verdad nos libra. en su conocimiento encontramos descanso. Si hemos de ser dignas de tan Santa Madre, debemos profesar singular amor a la verdad; y veraces seremos si poseemos a Cristo, porque no hay sociedad posible entre la luz y las tinieblas; pero menos la hay entre la verdad y la mentira. La medida de nuestra verdad es la posesión de Cristo.

¡Cuántas veces hemos hecho traición a la verdad! Tengamos gran empeño en ser veraces y lo seremos pensando, queriendo y sintiendo como Cristo.

### Punto III

Cristo es la vida. En El está la vida; separándose de El no podemos tenerla; cuando nos falte Cristo estamos muertos.

Esta vida no es como la del mundo, caduca, transitoria, es eterna. Si los hombres se afanan y hacen sacrificios inauditos por conservar la vida del cuerpo ¿cómo debemos nosotras buscar, encontrar, retener a Cristo, vida de todo nuestro ser? Si para la vida del cuerpo existiera una panacea, y tomándola nos asegurara la salud, ¿cuál no sería nuestro empeño en adquirirla? Pues la fuente, el manantial de vida, la vida misma que da la salud al cuerpo y el alma, es Cristo. ¿Cómo lo buscamos? ¿Qué hacemos para poseerlo? Estaba en los Cielos esa vida y El ha querido venir al mundo para traérnosla, para facilitárnosla. «He venido para que tengan vida y vida abundantísima». ¿Fodremos quejarnos de falta de fuerzas, de anemia, de carencia de vida? Vida a la vez in-

agotable que nos la da a nosotros, y a la vez podemos comunicarla, enseñando a los demás a conocer y amar a Cristo. Sin su posesión, nuestro apostolado será infecundo, no podremos cumplir nuestra misión. Poseyéndonle, vamos en camino, hemos alcanzado la verdad y tenemos vida.

«¿Tanto tiempo ha, que estoy con vosotros, y aún no me habeis conocido?» — (San Juan, XIV- 9).

Punto I

Lo que Cristo nuestro Divino Salvador dijo, ¿podrá decirlo a las Teresianas?—Veámoslo. Jesús está con nosotras por gracia: lo está sacramentalmente en nuestras Casas, lo está cuando comulgamos. ¿Desde cuándo está con nosotras?—Responda cada una por sí: recuerde los favores especiales que recibió, las visitas extraordinarias con que fué favorecida.

Jesús les dice a sus discípulos que hace tanto tiempo que está con ellos y aún no le habían conocido. Pero ese tiempo, que podía ser algo más de dos años, ¿qué es comparado con los años que Jesús está con nosotros con su presencia real en la Eucaristía? Y si a los discípulos les reprocha, que llevando tanto tiempo con ellos no le hubieran conocido, ¿qué tendrá que decir a las Teresianas, con quienes está desde hace tantos años? Los discípulos

habían disfrutado de la presencia corporal y física de Jesús, es verdad; pero aun no habían recibido su cuerpo adorable, no habían vivido en tan íntima y prolongada unión eucarística como nosotros; ellos convivieron con Jesús algunos meses, nosotras le tenemos constantemente, día y noche, en el Sagrario. Repitamos la frase: Teresianas, ¿tanto tiempo ha que estáis con vosotras, y no me habéis conocido?

## Punto II

Jesús ha puesto empeño en que le conozcamos. ¿Qué ha dicho, qué ha hecho, qué medios ha empleado para darse a conocer? Inspiraciones, llamamientos, favores, gracias, pláticas, meditaciones, escritos, advertencias, amonestaciones, reprensiones, sacramentos, contrariedades, castigos, todos los medios los ha utilizado y de todo se ha servido para que le conozcamos. Todo esto, un día y otro con la perseverancia de su amor. ¿Cuál fué el resultado de estas lecciones elocuentísimas? ¿Nos hemos enterado? ¿Las hemos aprendido? ¿Hemos deducido de ellas el conocimiento de Cristo? ¿Habrá en nosotras obstáculo para conocer a Cristo?

Examinémonos, por si en la inteligencia o

en el corazón encontramos algo que hubiera necesidad de arrancar.

### Punto III

¿El conocimiento que tenemos de Cristo, es exacto?—Quizá no sepamos qué responder, porque si lo fuera, ¿cómo tanta equivocación, cómo tanta prevaricación?

Conocer a Cristo y no amarle es imposible, luego habremos sufrido equivocaciones siempre que nos hemos separado de El, siempre que hemos claudicado, siempre que hemos preferido a las criaturas. Y si nuestra misión es la de dar a conocer a Cristo, llevándole a la inteligencia y poniéndole en los corazones, ¿cómo hemos de cumplir nuestra misión si no le conocemos, o le conocemos mal? En muchas ocasiones, cuando hablamos y obramos, ¿no es cierto que podría Jesús levantar su voz y decirnos: Hija mía, tanto tiempo con vosotras, enseñándoos mi doctrina, inculcándoos mi ley, mostrándome a vuestras inteligencias, y aún no me conocéis y aún no sabéis decir quién soy, lo que deseo y lo que pido? Nuestros ejemplos, las discípulas que hemos formado podrían responder por nosotras.

Recordemos y propongamos.

«Porque nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo».  
(1.<sup>ra</sup> de San Pablo a los Corintios.—Capítulo III-v. 11).

### Punto I

Sabemos las Teresianas, porque se nos dijo muchas veces, que la Obra es de Jesucristo, porque El es el inspirador, el sostén, el principio, el fin, el medio, todo en suma. Pero la consideración presente va encaminada a algo más, a dejar sentado, como expresó San Pablo a los Corintios, que nadie, por más autoridad que tenga, por más ciencia que posea, por más virtud de que esté adornado, nadie puede, ni podrá jamás poner otro cimiento, otro fundamento, que el puesto desde el principio, que es Jesucristo. Esta es nuestra obra, esta la doctrina que hemos profesado, y bajo ningún pretexto debemos admitir elementos humanos, en lo que en Cristo, por Cristo y para Cristo se fundó. Y la perfección de la

Obra está en la identificación con Cristo, y su firmeza en descansar en Cristo, y su vida en participar de la de Cristo.

Reflexionemos acerca de estas verdades para que formemos cabal concepto de lo que somos.

## Punto II

Nosotras pretendemos, con la gracia de Dios, levantar un suntuoso edificio, y para eso hemos venido a la Pía Unión de Hijas de Santa Teresa, aceptando sus reglas y prometiendo obediencia a los que en nombre de Dios nos guían. Hemos entendido, que el único fundamento sobre el cual habíamos de levantar este magnífico edificio espiritual es Jesucristo, y porque así pensamos, ni nos desalienta la falta de medios materiales, ni el escaso número, ni la humildad de las pocas que para llevar a fin esta empresa nos reunimos.

Nuestra confianza está en Jesús, y nuestro lema es repetir con San Pablo: «Si Dios es con nosotros, ¿quién contra nosotros?»

La obra de apostolado que pretendemos realizar, ha de ser idéntica a la que imaginaron los primeros cristianos, y los medios, los

que aquellos pusieron en práctica, aunque seamos tenidos por locos y atraigamos sobre nosotros el odio del mundo. Por tanto, si en nuestra obra se quiere alguna vez prescindir, en parte siquiera, del elemento sobrenatural y bajo uno u otro pretexto, afianzarla y asegurarla con medios humanos, poniendo la seguridad en el talento, en las riquezas, en el favor, en la prudencia de la carne, la obra habrá perdido su sello especial y nosotras no seríamos las mismas si aceptásemos tales innovaciones.

### Punto III

Nuestra doctrina ha de ser siempre la enseñada por Cristo, transmitida por sus apóstoles y difundida por la Iglesia su depositaria en la tierra.—En la propia santificación a que aspiramos, y en la santificación del prójimo que pretendemos, partimos siempre de la gracia de Dios, como de principios, y perseguimos verie y gozarle en el cielo como fin último, habiéndole servido y glorificado en la tierra. Los medios, parezcan o no discretos y aceptables, han de ser los que nos legó Cristo: la oración, la penitencia, los sacramentos, la abnegación,

el trabajo, la sumisión, el respeto a las leyes. El sistema nuestro no acepta innovaciones de ningún género en lo que a la fe y a las costumbres se refiere, y nuestros procedimientos son hasta sencillos, porque se reducen a pensar de esta manera: ¿En esta ocasión, qué hizo Cristo? Cuando sucedió tal cosa, ¿qué mandó Cristo que se hiciera? Para tales casos, ¿qué regla nos dejó Cristo? Y como creyendo así y obrando del modo dicho, dejamos a Dios todo lo demás, sin que nos turbe el resultado, ni pretendamos triunfos, ni reusemos fracasos, quedamos en paz.

Ahora, renovemos nuestros propósitos.

«Que sean todos una cosa, como Tú, Padre, en Mí, y yo en Tí; que también sean ellos una cosa en nosotros: para que el mundo crea que Tú me enviaste»—(S. Juan, cap. XVII-v. 21)

### Punto I

Estas palabras del Evangelio de San Juan son las que pronunció Cristo en la noche memorable y en el momento más solemne.—Se dirige el Padre Eterno, para suplicarle por sus discípulos y por todos nosotros en persona de ellos. Lo primero que pide es que seamos todos una cosa, es decir, que vivamos en la más perfecta unión, y el modelo de esta unión es la que existe entre el Padre y el Hijo. Ambos son una misma y sola esencia, ¿cabe unión más perfecta? Quiere que estemos los unos en los otros como el Padre está en el Hijo y Este en el Padre. Tal ha de ser nuestra compenetración de espíritu.—Cuando meditemos esta doctrina

y después la comparemos con nuestro vivir, si no estamos ciegos, ¿qué deducimos?

Este Cristianismo, que es el único verdadero, nos parece nuevo según lo poco practicado que está por nosotros. Y no obstante, este Cristianismo es nuestra regla, la que hemos elegido y profesado.

## Punto II

Añade San Juan—que también sean ellos una cosa en nosotros.—Porque lo completo no es ser una cosa fuera del Padre y del Hijo, una cosa ajena a ellos. Esa compenetración, esa unión tan perfecta ha de ser en Dios para que sea santísima, purísima, fecundísima; para que sea constante, perpetua, sin interrupción; para que eleve, dignifique y salve. ¡Qué grandeza la del cristiano! ¡Qué amor el de Cristo que así pide por nosotros al Padre!

El Salvador ha de venir a nosotros en la Sagrada Eucaristía, quiere vivir en nosotros; pero aún desea más, desea que nosotros unidas íntimamente estemos en el Padre y en El. Todas las Hijas de Santa Teresa unidas con la unión que existe entre el Padre y el Hijo, y viviendo en Ellos, ¿qué seríamos?

Punto III

Para que el mundo crea que Tú me enviaste. Como si dijera: Conservándolos así, viviendo de esta manera, el mundo no podrá menos de reconocer que Yo soy enviado por el Padre. Es tan grande lo que pido, excede de tal modo a las fuerzas humanas que, a presencia de este hecho, cuando las gentes se den cuenta de lo que es esta unión, lo que significa, lo que puede, tendrá que reconocer la divinidad del Hijo.

Si ponderásemos debidamente lo que esto significa, y tuviésemos siquiera una centella de amor de Dios y de celo por la salvación del prójimo, ¡qué empeño no pondríamos en conservar y acrecentar la caridad mutua, el fraternal amor! ¿Será posible que una vanidad, una monada, el amor propio, la terquedad, cualquier otra pasioncilla nos haya separado, nos impida estar unidas, y con ello, privándonos de vivir con el Padre y con Cristo Nuestro Señor, hayamos privado al prójimo de este ejemplo tan eficaz y de gloria a la Trinidad Augusta? ¿Y somos nosotras las que vivimos en una obra de apostolado y hemos consagrado nuestra existencia a extender el Reinado de Cristo? Hagamos las rectificaciones necesarias y pidamos perdón.

«Carísimos, si Dios nos amó de esta manera, también debemos amarnos los unos a los otros».  
(1.<sup>ra</sup> de S. Juan, cap. IV-v. 11).

### Punto I

Veamos cómo nos amó Dios. Recordemos las innumerables finezas de amor que le debemos y detengámonos en dos expresiones de su infinito amor: en la Encarnación y en la Eucaristía. «Así amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo unigénito, se lee en los libros Santos. ¡Qué amor! Un Padre, y un Padre que es Dios, entrega a su Hijo unigénito, Dios como El, y le entrega por amor a los hombres. ¡Qué eran los hombres a quienes Dios entregaba su Hijo?—Eran enemigos de Dios. ¡Por la muerte y por ella seamos reconciliados con el Padre que entrega al Hijo?—Para que le den gloria. ¡Cuál es la muerte que ha de sufrir?—La más cruel e ignominiosa.

Todo lo dicho está expresado con palabras del Santo Evangelio y es la doctrina que pro-

fesamos. Si nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por el amigo, ¿cuál será el amor de Dios a los hombres que da la vida de su Hijo, que es más que la propia vida, y la da por el enemigo? Meditemos, que harto hay que meditar en las pocas palabras dichas.

## Punto II

Y el amor del Hijo no se satisface con la muerte, y queda en el Sacramento del Altar para vivir unido a los que ama, sin que le haga desistir de sus deseos, el conocimiento que, como Dios que es, tiene de los ultrajes, desprecios, sacrilegios, que había de recibir de aquellos a quienes tanto amaba. Además, entre cada uno dentro de sí, para reconocer las pruebas que del amor que Dios le profesa, tiene recibidas. Cuente, si puede, los desprecios, las ingratitudes, y los pecados contra el Señor que de tal modo le amó, y después podrá decir con la imperfección propia de la criatura humana, cómo nos amó Dios.



### Punto III

También debemos amarnos los unos a los otros, si Dios nos amó de esta manera. Que nos amó, ¿quién puede dudarlo? De qué manera nos amó, ¿quién lo puede expresar con lengua humana? Y nosotros, ¿nos amamos los unos a los otros? ¿Cómo nos amamos?

A la primera de estas dos preguntas responde cada una después de examinarse acerca de la mutua caridad, del amor mutuo. ¡Quizá no sea lo peor la respuesta negativa, porque será fácil que al responder a la segunda pregunta formulada, tengamos que confesar ante Dios, que penetra y escudriña los corazones, que nuestro amor no ha sido bueno! ¡Si hubiéramos amado como Dios nos ama! Pero en el amor mutuo que nos profesamos, ¿qué hay? Egoísmo, satisfacción, miseria. ¿Dónde está el desprendimiento, la abnegación, el sacrificio, el heroísmo?—¿Rectificaremos? Aún es tiempo.

«Y este mandamiento tenemos  
de Dios: que el que ame a Dios,  
ame también a su hermano».—  
(1.<sup>ra</sup> de San Juan, cap. IV-21).

Punto I

El apóstol San Juan dice, que tiene mandamiento de Dios, y añade este mandamiento, como si fuera el preferente, el único mandamiento que de Dios hubiera recibido, y es que, cumplido éste, cumplida está la ley. Que el que ama a Dios y odia a su hermano, miente, según lo expresa el Espíritu Santo. Veamos, por tanto, si nuestro amor a Dios es verdadero, deduciéndolo de la manera de amar al prójimo. En esta doctrina de la caridad fraterna se padecen muchas equivocaciones, y si las Teresianas han de enseñarla a las que educan, deberán comenzar por conocerla bien y practicarla según las enseñanzas y ejemplos de Cristo.

## Punto II

Que el que ama a Dios, ame también a su hermano. ¿Quién es el que ama a Dios?—El que cumple sus mandamientos; y como el segundo de ellos, que es semejante al primero, ordena amar al prójimo como a nosotros mismos, ama al prójimo quien ama a Dios.

Además, ¿qué doctrina hay en el Santo Evangelio y en las Epístolas y documentos de los Santos, más recomendada, y mandada con mayor encarecimiento que la caridad fraterna? Y si ésta es la doctrina de Cristo, ¿cómo podremos amarle sin obedecer sus mandamientos y cumplir sus consejos? Más aún; si nuestro Adorable Salvador toma como propias las buenas obras hechas en favor de nuestros hermanos, y el amor que al prójimo tenemos lo estima como si fuera a El a quien lo profesamos, ¿cómo separar el amor que tenemos a Dios del que por El debemos tener a nuestros hermanos?

Punto III

Sigamos discurrendo sobre las mismas palabras. ¿Es posible amar a Dios y no darle gloria y no desear que se extienda su reinado y no arder en celo? Si amamos de veras al Señor, y nos vemos tan miserables, ¿no hemos de procurar por todos los medios posibles que sean muchos los que le conozcan y amen, le adoren y reverencien, y den gloria? ¿El verdadero amor de Dios no hace sentir las ofensas que recibe con amargura incomparable? Amar al prójimo, sacrificarse por él, consagrarse a su servicio, sufrirlo y padecer por su causa persiguiendo con todo ello su santificación y por tanto la gloria del Señor, son actos de celo, y compendio de ambos amores: El que ama a Dios ama a su hermano.

Ahora podríamos ver si amamos a Dios y a nuestros hermanos, o si creyendo que cumplimos este mandamiento de que habla San Juan, nos encontramos, después de examinados, que ni tenemos el uno ni el otro amor.

«Si nos amásemos los unos a los otros, Dios está en nosotros y su caridad es perfecta en nosotros».—(1.<sup>ra</sup> Epístola de San Juan, cap. IV-v. 12.

Punto 1

La señal más segura de que Dios está en nosotras, es el amor que unas a otras nos profesemos. ¿Existe ese amor mutuo? Pues Dios mora en nosotras. El estímulo que se nos da para que nos amemos, no puede ser más eficaz, porque nada hay comparable a la unión con Dios. Morar Dios en la criatura, ser ésta la morada de Dios, ¡hay nada más excelso ni en los cielos, ni en la tierra! Por nosotros mismos no podemos merecer ni conseguir dicha tan incomparable; tampoco podemos saber si, aunque sea por gracia y misericordia, la tenemos, y no obstante, San Juan nos dice que si nos amamos los unos a los otros, Dios estará con nosotros, que es poseerlo y saber que

lo poseemos. Y otra consecuencia podríamos sacar: ¡Cuánto vale el amor mutuo que tal recompensa merece!; y más, ¡cuánto desea el Señor que nos amemos, cuando tal premio puso, y de manera tan extraordinaria nos impulsa a que nos amemos! Y, si este amor merece tal premio, ¿cómo deberá ser ese amor? ¡Cuán lejos ha de estar de todo lo terreno, un amor que atrae a Dios a nosotros!

¡Qué serie de reflexiones podríamos hacer penetrando la significación de estas palabras del Espíritu Santo dichas por San Juan!

## Punto II

Luego si no nos amamos unas a otras, Dios no mora en nosotras; ¡terrible consecuencia! Si en ella pensáramos, ¿faltaría la caridad mutua en el mundo? ¡Privarnos de Dios por no amar a nuestro prójimo! Pero, ¿quién no ama al prójimo, si no a todos, a uno por lo menos? Ahí está la diferencia, en que para que Dios more en nosotros, hemos de amar con tal amor, por tales motivos, que lo mismo amemos a unos que a otros, ya que en todos está la imagen de Dios, a quien en el prójimo amamos.

Para que el amor mutuo sea señal de que

Dios mora en nosotras, ha de ir revestido de un carácter sobrenatural en su principio, en su existencia y en su fin. Otros amores lo que delatan es precisamente lo contrario.

El amor humano, miserable y pecaminoso, acusa la ausencia de Dios y pone obstáculo a su venida a nosotros. De modo que hay necesidad de aprender a amar como debe amarse, y con este amor y no con el de preferencia y simpatía, se han de amar las Teresianas. Con otros peores, ni nombrar se debe entre personas que se unen por Dios y a El consagran su existencia.

Resumen: ¿Cómo han de amarse las Teresianas? En otro lugar dice San Juan, refiriendo unas palabras de Nuestro Divino Salvador: «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros como yo os amé». Así han de amarse unas a otras, como Dios nos ama. Ese es el amor que nos alcanza lo expresado en la última parte del versículo que comentamos: «y su caridad—la de Dios—es perfecta en nosotros».

«Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.»—(1.<sup>ra</sup> de San Juan, cap. III-v. 18.)

Punto 1

La regla para el amor mutuo que se han de profesar las Teresianas, está bien terminante en las palabras del Espíritu Santo por San Juan: El amor no ha de ser de palabra, ni de lengua; no hace falta para nada. Porque las Hijas de Santa Teresa no necesitan decirse lo que se aman en Cisto, pues son hermanas e hijas de una misma Madre, y tienen de la caridad mutua el concepto que debe tener todo el que conozca el Evangelio.

Así como es propio y característico de las Teresianas, la suavidad en el trato y modales, la blandura de espíritu y la corrección y seriedad afable en todos sus actos, son impropias, ajenas y contrarias a su espíritu, las palabras y conversaciones pueriles y frívolas.

## Punto II

Amemos de obra y de verdad. Amar de verdad es amar con justicia lo que merece ser amado, amar la virtud, la santidad, o sea, la participación de Dios en las criaturas, los reflejos de su infinita bondad, porque no merece nuestro amor lo que no es imagen de Dios, y lo merece sólo bajo este respecto. Amamos de obra cuando hacemos por nuestro prójimo algo favorable, orando por él, aconsejándole, corrigiéndole, ayudándole, librándole de peligros, dándole buen ejemplo, sacrificándonos por su santificación, socorriéndole en todos los órdenes. Y tanto para amar, como para amar de verdad, que es amar rectamente, ordenadamente, provechosamente, no se necesita hablar mucho.

## Punto III

La consideración de estas palabras de San Juan debe ser meditación frecuente de las Teresianas, cuyo amor mútuo, así como el que

han de profesar a sus discípulas y a todos los prójimos, ha de ajustarse a la enseñanza expuesta. Nada de palabrería vana, supérflua, empalagosa y ridícula; y menos aún, muchísimo menos, manifestaciones de afecto impropias de la serenidad de quien actúa en una obra de apostolado y quiere llamarse y ser verdadero apóstol.

Mucho de obras, de sacrificios, de abnegación, de oraciones; mucha verdad en las apreciaciones, sin que la simpatía humana, ni otra cualquiera consideración terrena sea la impulsora de nuestro amor. Amor de Dios, por Dios y para Dios; por ser la criatura su imágen, porque Dios acepta como hecho a El, todo lo bueno que con el prójimo hacemos. Así han de amar las Teresianas.

A. M. D. G.



# INDICE

---

	<u>Páginas</u>
Carta sobre la oración . . . . .	5
Jesús, maestro de oración (1. <sup>a</sup> ) . . . . .	15
Jesús, maestro de oración (2. <sup>a</sup> ) . . . . .	25
Cómo ha de ser nuestra oración (3. <sup>a</sup> ) . . . . .	33
Y ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles . . . . .	43
Vosotros sois la sal de la tierra . . . . .	52
Creí; por esto hablé . . . . .	57
Andad como conviene a la vocación con que habéis sido llamadas . . . . .	67
Porque aunque andamos en carne no mili- tamos según la carne . . . . .	72
Si vivimos por Espíritu, andemos también por Espíritu . . . . .	77
Acuérdate, Señor, de tu alianza . . . . .	80

	<u>Páginas</u>
Todo reino dividido, será desolado . . . . .	84
Tan necios sois que habiendo comenzado por Espíritu, acabais por carne? . . . . .	88
Todo lo que hagais hacedlo de corazón. . . . .	92
Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida. . . . .	96
¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y aún no me habeis conocido? . . . . .	100
Porque nadie puede poner otro cimiento. . . . .	103
Que sean todos una cosa, como Tú, Padre, en Mí y Yo en Tí. . . . .	107
Debemos amarnos los unos a los otros. . . . .	110
Que el que ame a Dios, ame también a su hermano . . . . .	113
Si nos amásemos los unos a los otros, Dios está en nosotros y su caridad es perfecta . . . . .	116
No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad. . . . .	119

EL AUTOR DE ESTA OBRA, FUÉ ASE-  
SINADO EN MADRID, EL 28 DE  
JULIO DE 1936, PRIMEROS  
DÍAS DEL GLORIOSO  
MOVIMIENTO  
NACIONAL









10-10-1917  
10-10-1917  
10-10-1917



PRECIO: 1,25 PTAS.

Imp. de Calatrava.

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

2031

2032

2033

2034

2035

2036

2037

2038

2039

2040

2041

2042

2043

2044

2045

2046

2047

2048

2049

2050

2051

2052

2053

2054

2055

2056

2057

2058

2059

2060

2061

2062

2063

2064

2065

2066

2067

2068

2069

2070

2071

2072

2073

2074

2075

2076

2077

2078

2079

2080

2081

2082

2083

2084

2085

2086

2087

2088

2089

2090

2091